

Julio Ardiles Gray



**cuentos
amables
nobles y
memorables**

Ediciones del Cardón

AL

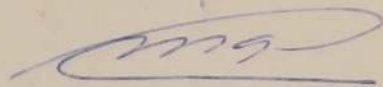
A Cuentos de Mujeres y Hom-
bres de Alba Omil y Mientras
llega el Olvido de Ramón Al-
berto Pérez le suceden estos
cuentos de Julio Ardiles Gray
en nuestra colección de **Prosis-**
tas del Cardón.

Por su vasta y noble produc-
ción literaria Ardiles Gray ocu-
pa un lugar de preponderancia
en las letras argentinas.

Sus obras publicadas son:
Tiempo Deseado y Cánticos Te-
rrenales (poemas) Ciclo de los
amigos lejanos (novelas): **Los**
Amigos Lejanos, Los Médanos
Ciegos, La Grieta, Los Inocen-
tes y La Grieta; Egloga, Farsa
y Misterio (pieza de teatro).

Con Raúl Aráoz Anzoátegui,
Manuel Castilla, Raúl Galán,
María Adela Agudo y otros es-
critores fundó **La Carpa** (1944),
grupo literario del Norte Ar-
gentino que señaló nuevos rum-
bos a nuestra poesía.

A David Lagmanovich,
amigo del Cardón, cor-
dialmente.



GUSTAVO A. SANDOVAL
Freddo



JULIO ARDILES GRAY / CUENTOS AMABLES, NOBLES Y MEMORABLES

CON UN PREFACIO DE
CARLOS GONZÁLEZ

EDITADO POR
CARLOS GONZÁLEZ

CUENTOS AMABLES, NOBLES Y MEMORABLES

DE JULIO ARDILES GRAY

CON UN PREFACIO DE CARLOS GONZÁLEZ

PRIMERA EDICIÓN

1958

EN LA CIUDAD DE MEXICO

EDITORIAL DEL SIGLO VEintiuno

IMPRESO EN MEXICO

EN LA OFICINA DE LA EDITORIAL

DEL SIGLO VEintiuno

1

ALBA OMIL

CUENTOS CON MUJERES Y HOMBRES

2

RAMON ALBERTO PEREZ

MIENTRAS LLEGA EL OLVIDO

3

JULIO ARDILES GRAY

CUENTOS AMABLES, NOBLES Y MEMORABLES

863an (D3)

003844

JULIO ARDILES GRAY

**CUENTOS AMABLES,
NOBLES Y MEMORABLES**

BIBLIOTECA DE LETRAS
Donación
de Inés y David
Lagmanovich

Ediciones del Cardón
SAN MIGUEL DE TUCUMAN

Ilustración y carátula

de

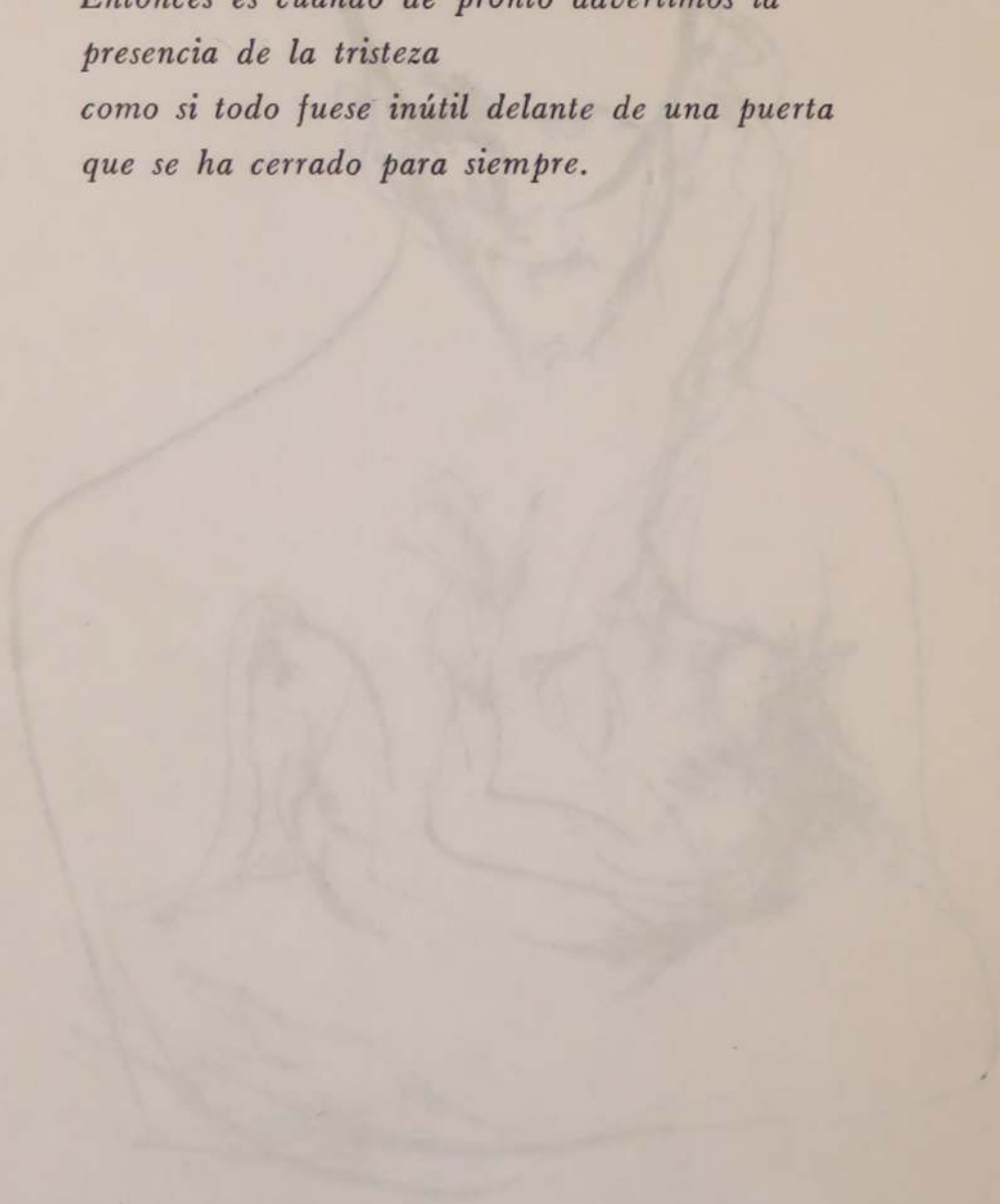
AURELIO SALAS

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Queda hecho el depósito que previene la ley número 11.723. Copyright by Ediciones del Cardón. Tucumán 1964.



*El paraíso está compuesto por las pequeñas esperanzas de
todos los días, que nos rodean con su aliento
y nos tientan con sus corolas mortales
tan breves, tan furtivas, tan frágiles
que basta un soplo para que se quiebren.
Entonces es cuando de pronto advertimos la
presencia de la tristeza
como si todo fuese inútil delante de una puerta
que se ha cerrado para siempre.*



UN CUENTO PARA MINGO

A mis sobrinos

Durante la siesta, la lección de piano se volvía más angustiosa aún. La tía Bernardita se sentaba al pie de la escalera, en su mecedora de mimbre y se hamacaba lentamente.

La monotonía de las escalas que Gabriel hacía en el piano y el bric-brac del mimbre la amodorraban con un sueño de almíbar.

A veces soñaba con lluvias de copos. Pero casi siempre con una inmensa sala de conciertos, colmada de público que aplaudía entusiasmado a su Gabriel. Entonces sonreía y movía la cabeza complacida, como un tentempié, mientras las canastas de flores la cubrían hasta el cuello produciéndole cosquillas deliciosas. Varias veces se había despertado enjugándose las lágrimas. Entonces suspiraba y se dejaba llevar por la imaginación hasta que el piano de Gabriel la volvía bruscamente a la realidad.

Arriba, el niño luchaba con las notas y con el sonido del mar. Porque a la siesta, otra tortura más venía a sumarse a la del solfeo y las escalas: era el ruido del mar que desde la playa cercana lo tentaba con su jadeo. El niño se tapaba los oídos para no oírlo, pero el siseo lejano del agua sobre la arena zumbaba como una mosca azul. Cerraba las ventanas y era lo mismo. Podía reconocer la llegada de cada una de las olas y saber cómo y cuándo romperían sobre las rocas. . .

Su delicia más grande era pasear por la playa, entre los alaridos del agua rota, tirante la cara por el viento y el sol; o saltar bajo el vientre de las grandes olas evitando su empuje.

Otras veces chapoteaba en los charcos de la playa y se sentaba en los límites de la arena para ver el mar, furioso padre Noel, haciendo esfuerzos por darle alcance.

Todo esto hacía, cuando podía escapar a la vigilancia de la severa tía Bernardita. No importaba que a su regreso tuviera que aguantar la cama, algunos pellizcos y media hora de sermón, del mismo sermón, repetido siempre, con los mismos ademanes.

A pesar de esto, Gabriel se arriesgaba a menudo, sobre todo a la siesta, cuando allá abajo, la hamaca dejaba de sonar anunciando que la tía soñaba.

Abría la ventana y se descolgaba hacia la playa. Allí, durante largo rato, como un sonámbulo se quedaba mirando el flujo y reflujo del agua. Esperaba encontrar de un momento a otro, tendida en la arena, floja y delgada como una medusa, el alma de alguna ola muerta; o imaginaba la espuma petrificada de golpe en un reventón de carámbanos...

A la oración, el mar parecía languidecer. La luz retrocedía hacia el horizonte llevándose el paisaje... De pronto y sin saber cómo, inmensas nubes, pulposas, cargadas y lentas, se apelotonaban en la barra lejana tiñendo todo de violeta y de rojo...

II

Aquella siesta, la tía Bernardita se durmió más temprano que de costumbre.

Gabriel bajó las escaleras; la ventana había sido clausurada. Llevaba en las manos los zapatos. Cuando estuvo en el jardín se atrevió a respirar.

Al llegar a las primeras dunas, se echó a correr. Luego dobló en dirección a las rocas donde conocía una cueva que le servía de vestuario.

El sol caía con fuerza. La arena, de trecho en trecho, hacía guiños y le obligaba a parpadear.

Antes de llegar al agua se quitó la camisa y los pantalones. Hizo luego un envoltorio y los enterró en la arena cerca de la gruta. Encima, le puso una enorme piedra para no perder de vista el lugar, en caso que la marea subiera rápidamente.

Cruzó al otro lado de las rocas, donde el mar hacía un recodo dejando un gran pozo de agua clara, tranquila y profunda. De un salto se zambulló.

Abrió los ojos. Las piedras del fondo se movían blandamente. Estaban hechas con un almíbar de mil colores. Los reflejos del sol quebrados por el agua chocaban nerviosamente en la arena y en las paredes de roca, que se animaban de rato en rato por rápidos escalofríos de acero.

Gabriel quiso reír. Pero un racimo de burbujas temblonas se le desprendió de la boca y ascendió fugaz. El niño sintió que el aire le faltaba. Dio un fuerte envión hacia arriba. El cielo muy claro y muy azul le hirió los ojos.

Nadó hasta la roca más cercana y se tendió un rato de espaldas. Las olas, al otro lado, rompían monótonas; y de vez en cuando un puñado de gotas salpicaban al niño.

Después de un largo rato, Gabriel se incorporó y desgana-do bajó a la playa. Caminaba abstraído, siguiendo las huellas de las gaviotas en la arena húmeda.

Mar adentro, de pronto, escuchó un ruido sordo, como el hervor de los truenos de una tormenta lejana.

El niño se detuvo, y observó con atención.

A lo lejos, sobre el horizonte, comenzó a formarse una gran barra de agua que avanzó lentamente primero y luego con mucha fuerza.

Era una ola inmensa, revuelta, que venía dando tumbos y tumbos y batiendo millares de tambores ocultos en su vientre.

Gabriel sólo advirtió el peligro que corría, cuando la ola estaba a pocos metros. Entonces, huyó desesperado buscando refugio en las dunas vecinas a donde llegó en cuatro grandes zancadas.

La ola arrasó la playa con fuerza, casi hasta el límite. Después se retiró con pereza.

En un pequeño charco, un inmenso caracol, el más grande que el niño había visto en su vida, reverberaba a la luz del sol.

Gabriel dudó un poco antes de bajar. Temía un nuevo golpe de mar. Pero la curiosidad fue más fuerte.

Con algo de desconfianza se dejó resbalar de la duna acercándose al caracol cautelosamente. En el límite de la playa, las olas proseguían yendo y viniendo como si nada hubiera sucedido.

Pocos pasos antes de llegar hasta el caracol, Gabriel se detuvo. Recogió una piedra y se acercó aún más. Dio vueltas alrededor y esperó.

Jamás había visto un caracol semejante. Tenía una gran boca sonrosada, carnosa, entreabierta, como si estuviese a punto de bostezar. Era un gran trompo lleno de espirales y en cada una de ellas el nácar se desgranaba en pequeñas y rutilantes estalactitas.

Gabriel se arrodilló para poder observarlo mejor. Luego le arrojó una piedra, después otra. A cuatro pies fue acercándose; estiró tímidamente la mano y lo tomó.

Pasaron algunos segundos y haciendo coraje lo tomó fuertemente entre las manos; luego se puso de pie.

Esperó un momento todavía, antes de acercarlo al oído.

En un primer momento, no logró escuchar nada. Luego, fue distinguiendo el rugido del mar, allá lejos, dentro de la valva en un horizonte indefinido.

El niño se sentó en cuclillas para escuchar mejor. Así pasó un largo rato hasta quedar casi amodorrado por el lejano siseo.

De pronto le pareció que por sobre la monotonía del mugido se levantaban borbotones de notas metálicas que ascendían desde el fondo para reventar luego en su oído, al igual que las burbujas de la hoya.

Aguzó el oído. Las notas volvieron a reventar. Eran metálicas, sí, pero también las había carnosas, como salidas de las cuerdas graves de un arpa. Repentinamente, estalló un ruido alegre de cascabeles y cobre, que le obligó a retirar el caracol del oído. Pero pronto volvieron las notas. Se dejó estar con los ojos cerrados, escuchando el subir de los borbotones. Se desgranaban ahora nítidos, llenos de una alegría libre, como si nada los atara, como si cada uno estuviera animado por una voluntad y una vida independiente.

Gabriel se dejó llevar por la extraña música. Recostado en la arena, fue adormeciéndose poco a poco. Unos instantes más tuvo la sensación de estar en el fondo de la hoya, en medio del agua nerviosa y brillante.

Inesperadamente la música cesó. El niño se incorporó de un salto y sacudió el caracol. Luego lo golpeó con los nudillos.

Volvió de nuevo a escuchar atentamente. Esta vez desde el fondo le respondió una sonora carcajada.

Gabriel arrojó lejos la valva y se limpió las manos. Pero la curiosidad pudo más. El niño levantó de nuevo el caracol, con cuidado, y lo llevó al oído.

Esta vez la carcajada fue sigilosa, como si alguien, escondido observara el desarrollo de una travesura.

Gabriel retiró el caracol con aprensión, pero no lo arrojó lejos. Lo dio vueltas examinándolo minuciosamente. Deseaba encontrar alguna abertura lateral que le permitiera ver adentro. Pero fue inútil.

Acercando los labios a la abertura se atrevió a preguntar:

—¿Quién está ahí?

Una voz burlona, como de urraca, le respondió:

—¿Y, quién es Vd...?

—Yo soy Yo, — volvió a contestarle la voz.

—¿Un duende...?

—No... No...

—¿Un genio...?

—Tampoco... Tampoco.

Gabriel se detuvo. Luego preguntó sombrío:

—O... ¿un diablo...?

Otro vez estalló la risa de urraca. La música de burbujas comenzó de nuevo pero muy tenue, lejana.

La voz dijo:

—¿Para qué deseas saberlo? Si quieres puedes llamarme, *amigo*. Eso. Soy tu amigo...

El niño guardó silencio. Luego preguntó:

—Y... ¿de dónde vienes...?

La voz le respondió con un murmullo de pajitas:

—Y... de todas partes.

—Pero ese no es un lugar — respondió el niño angustiado.

—Posiblemente —dijo la voz—. Pero de ahí vengo.

Gabriel reflexionó unos instantes. Hizo ademán de tirar el caracol sobre la arena.

—Cht..! Cht..! Cht..! Tendrás que llevarme —dijo la voz, esta vez sin el tono de burla.

Gabriel levantó el caracol indignado:

—¿Por qué tengo que llevarte?

—Porque tienes que llevarme... Más adelante me lo agradecerás...

—¿Agradacerte yo? —preguntó el niño a quien la codicia lo había encendido.

—Te conviene —susurró el caracol con un retintín alegre.

Gabriel se imaginó rico y poderoso, como Aladino. No estudiaría el piano nunca más. La tía Bernardita... Bueno, a la tía Bernardita se le daría otro oficio mejor que el de molestar niños...

Pero tuvo una corazonada: “Y si fuese un genio maléfico, de esos que una vez liberados no se los puede atrapar y corren por el mundo haciendo toda clase de fechorías?”.

—Si te llevo conmigo —preguntó tímidamente—, ¿me prometes que no harás daño a nadie?

—¿Y por qué debo hacerlo? —dijo la voz—. Al contrario...

Gabriel volvió a guardar silencio.

—Al diablo con la tía Bernardita —dijo en voz alta. —Voy a llevarte— agregó dirigiéndose al caracol—. Pero mucho cuidado con lo que hagas porque tengo una tía que tiene muy mal carácter y si llega a descubrirte yo iré al altillo y tú otra vez al fondo del mar...

III

Era ya entrada la oración cuando Gabriel levantó la claraboya del sótano para dejarse caer suavemente.

Con cuidado, pues las cosas apenas se distinguían en la penumbra, avanzó hacia el rincón, en el cual suponía que se

encontraba la puerta. Llevaba el caracol fuertemente apoyado contra su pecho.

Tropezó con dos viejas estatuas. Luego tanteó la pared detrás de un arcón inservible, hasta encontrar el hueco que buscaba y en el cual solía guardar sus objetos más preciosos.

Suavemente depositó el caracol en el hueco.

—¿Y así es tu mundo? —preguntó la voz con su inconfundible tono.

Gabriel le chistó:

—¡Silencio...! La tía Bernardita puede escucharnos... Tiene un oído...

—¿La tía Bernardita? Parece ser que esa tía Bernardita...

El niño clamó angustiado:

—Por favor... Es mi madrina... Será mejor que no la conozcas... Ya te dije que solo tienes que hablar conmigo...

El caracol susurró muerto de risa:

—¿Acaso no lo hago?

—Pero en voz baja, para que no te oigan —respondió el niño—; si llegara a oírte te hará pedazos...

Apresuradamente, antes que el caracol pudiese decir nada, Gabriel comenzó a acumular trapos viejos en la boca del agujero; un cajón de libros viejos; un almohadón destripado; un sillón sin patas...

Suspiró aliviado. Se acomodó luego la camisa y los pantalones. Se puso las medias y los zapatos. Se ató los cordones...

—¡Gabriel!

El niño hizo un gesto de contrariedad y luego otro de estoicismo. Dio un breve tirón al picaporte y avanzó decidido mientras gritaba con voz servicial:

—¡Aquí estoy tía adorada...!

IV

A la noche siguiente cuando la tía se hubo dormido, Gabriel sacó su caracol del sótano y lo llevó a la sala.

—¿A dónde vamos? —preguntó la voz.

—A la sala, —dijo el niño— donde yo estudio el piano.

—¿El piano? ¿Y qué es el piano? —volvió a preguntar el caracol.

Gabriel se mordió los labios. Comenzaba a fastidiarle la terrible ignorancia de su amigo. Todo lo preguntaba. Todo tenía que explicárselo: qué eran las formas, los colores, las cosas. Daba tanto trabajo...

A veces era mortificante. Otras, orgulloso. Quería adelantarse a las explicaciones dando las soluciones más descabelladas.

Pero, en cambio de eso le hacía escuchar una música misteriosa y embriagante.

El niño, por otra parte, se desesperaba por lograr que el caracol le dijese quién era y de dónde venía. Pero la voz se reía y respondía con el invariable: "Y... de todas partes...".

Sin embargo, esa noche el caracol comprendió algo por primera vez sin necesidad que el niño tuviese que explicárselo.

Cuando llegaron a la sala, Gabriel corrió las cortinas con cuidado y prendió la lámpara.

Puso el caracol en el suelo, a su lado, y abrió el piano. Apretó el pedal de la sordina y tocó suavemente.

—¡Música! —susurró el caracol.

Gabriel se volvió sorprendido.

—¡Ah! ¡sabes...!

El caracol insistió con curiosidad:

—Alguna ola nueva.

Gabriel dijo que no.

—Es el piano —agregó. Luego hizo una breve escala.

—Otra vez... Otra vez... —suplicó el caracol.

El niño tocó un largo arpegio y luego algunas notas sueltas.

—Sigue... Sigue... —volvió a insistir.

Gabriel levantó las manos del teclado.

—No sé nada más. No me dejan hacer sino ejercicios.

—No importa... No importa, —repitió el caracol. —Hace tanto tiempo que no escucho.

El niño buscó el álbum. Lo abrió y comenzó lentamente a deletrear los ejercicios. Cada vez que se detenía para dar vuelta una página, el caracol suplicaba:

—Sigue... Sigue...

Cuando llegó a la última hoja Gabriel dijo:

—Ya no hay más.

El caracol suspiró con un suspiro cargado de nostalgia:

—¡Es tan monótona, como la música que hace la arena al rodar por el fondo! Luego agregó con la voz cargada de ensueño:

—Los granos dorados desmenuzados unos tras otros... el agua tibia de las corrientes...

El niño levantó las cejas. Seguía sin comprender.

—Lo mismo que en el fondo —terminó el caracol dando un nuevo suspiro.

Gabriel se aventuró a preguntar:

—En el fondo ¿Y qué pasa en el fondo?

El caracol exclamó entusiasmado:

—Está lleno de música. Cada cuerpo está lleno de música. Las formas sirven para contener la música que cada cuerpo atesora. Cuando alguno se destruye deja un sonido, un rastro, una estela flotando en el agua. Hay millones y millones de sonidos. Y ellos se deleitan en destruirse unos a otros para poderse escuchar.

El niño guardó silencio unos instantes. Luego dijo:

—Sin embargo, yo estuve en el fondo del mar y jamás escuché nada...

El caracol lo interrumpió:

—Ah! Es que los sonidos del mar no son iguales a los del aire.

Gabriel quedó pensativo. De pronto preguntó angustiado:

—Y tú... ¿cómo puedes escuchar...?

El caracol se rió esta vez con un susurro picante:

—Y eso, ¿qué te importa?

Luego agregó:

—Mira, pon el oído en mi boca y escucharás. Mi memoria es la única memoria que puede escucharse... Puedo hacer brotar los sonidos, todos los sonidos de las cosas que se han destruído hace ya miles de años...

El niño se levantó tímidamente y tomó el caracol con desconfianza. Al principio le llegó un vago y lejano mugido. Luego, el murmullo fue haciéndose más claro. Era el mismo que había oído cuando encontró al caracol en la arena. Las notas comenzaron a reventar alegres, llenas de vida.

Y volvió a sentirse en el fondo de la hoya. Vio el paso de la arena, el desgranar de las rocas, las fuerzas de los ríos que meten sus venas barrosas millas y millas mar adentro, la gran bestia pudriéndose en el fondo, la languidez de la medusa, y el cardumen recién nacido reventando en la corriente como un cardo en el viento.

Así estuvo durante un gran rato. Luego se quitó el caracol y lo dejó sobre el piano. Casi no respiraba. Tenía los ojos muy abiertos.

El caracol llamó suavemente:

¡Gabriel...! ¡Gabriel...! ¿Me entiendes...? Esa debe ser tu música, ¿me entiendes?

La voz fue debilitándose. Al fin desapareció. El niño comprendió que estaba solo en medio de la sala y tuvo miedo.

Metió al caracol bajo la tapa del piano, apagó las luces y salió en puntillas.

V

Gabriel bajó los ojos.

—¡De una vez por todas! —gritó la tía— ¿Qué haces en la sala hasta altas horas de la noche?

El niño apretó los labios. La vieja comenzó a refunfuñar y cruzó los brazos:

—¡A las tres de la mañana...! En la sala...!

Gabriel levantó los ojos y dijo dolorosamente:

—Estaba...

—No mientas —gritó la tía volviéndose amenazadora y señalándolo con el índice. —¡Prefiero verte mudo a que me mientas!

Gabriel encogió los hombros. La tía hizo un ruido seco con los nudillos. Luego volvió a refunfuñar:

—Tan luego a mí... Ya sé: Me vas a decir que estuviste leyendo. Conozco tu afición a los libros... Seguramente, no sería el piano...

Los ojillos de la vieja señora se achicaron urgidos por la furia:

—No... No... Eso no...

La tía mantuvo la mirada unos instantes. Luego, de mala gana, se dejó convencer. Gabriel suspiró. Pero repentinamente la tía volvió a la carga. Ahora con ruidosas protestas de cariño. El niño estuvo a punto de sonreír. Se mordía los labios para no hacerlo. Le causaba gracia la figura de la vieja, palpando

aquí y allá como si jugara a la gallina ciega. De pronto dio un golpe con el bastón:

—¡Ya sé! —dijo triunfante. —Usted caballerito se escapa por el balcón para ir a la playa.

Gabriel bajó la frente simulando sentirse culpable. Luego la miró de reojo y sonrió. La tía Bernardita volvió a golpear el piso esta vez con gran aplomo: había descubierto la verdad.

—¡Ya me parecía! —dijo con voz trémula. ¿Y si llegara a ahogarse con la marea alta...?

Gabriel bajó aún más la cabeza. La tía señaló los ventanales:

—El mar... El mar... —dijo dramáticamente—. Pero usted caballerito no saldrá con la suya...

Apretó la empuñadura del bastón con fuerza:

—Voy a vigilarlo día y noche. Solamente los sábados por la tarde y los domingos a la mañana, y esto si se porta bien y si hace buen tiempo, tendrá permiso para ir a la playa... ¿Entendido?

Gabriel levantó los ojos con humildad:

—Sí, tía —dijo.

La señora se dejó caer en el sillón satisfecha. Levantando una mano, agregó luego con voz tierna:

—Y ahora vaya a lavarse las manos. Y no demore. Ursula tiene listo el almuerzo...

VI

La tía Bernardita creyó todavía que estaba soñando. Se incorporó en la cama, la cofia revuelta sobre la frente, y estirando un brazo prendió la luz del velador.

La música continuaba sonando a través de los muros. Sacudió la cabeza para convencerse de que estaba despierta. La música se hizo entonces más clara.

Decidida a todo apartó las colchas y se dejó caer de la cama.

El corredor estaba envuelto en una semi penumbra. La penumbra era tibia.

Tuvo miedo y pensó volver a la cama pero otra vez la música la contuvo. Venía de la sala.

En puntillas comenzó a subir los escalones.

A medida que subía, la música iba en aumento. Ahora era voluptuosa y afelpada.

Frente a la puerta de la sala, vaciló todavía. Contuvo la respiración y se agachó a mirar por el ojo de la cerradura.

Gabriel estaba inclinado sobre el piano, alumbrado apenas por la lámpara. El caracol, sobre la tapa miraba la oscuridad con su gran ojo vacío.

El niño dejó de tocar y se levantó.

—¡Es tan hermoso...! ¡Es todo tan hermoso! —dijo.

El ruido del picaporte hizo volver al niño. La tía avanzó a su encuentro con los brazos abiertos. Gabriel retrocedió espantado.

—¡Mi niño...! ¡Mi niño...! —dijo la vieja señora—. ¡Nunca lo hubiera imaginado!

La tía comenzó a apotonarlo con sus caricias. En cuanto pudo, Gabriel sacó la cabeza por debajo de los brazos de la tía y la miró sin saber que hacer. Una lluvia de besos melcochos le dieron en la frente y en las mejillas al niño.

Cuando la tía se hubo cansado, retiró al niño para contemplarlo mejor y entonces comenzó con una pedrea de preguntas:

—¿Y por qué me ocultabas? Pillín...! Igual que el pequeño Mozart! Yo estaba segura... En el fondo del corazón una voz secreta me lo decía...

La vieja puso ojos blandos y suspiró. Nuevamente volvió a la carga:

—¿Es tuya esa música? ¡Hermosa! Mañana iremos al Conservatorio... Te escuchará el director... Y a esa maestra le diré cuatro verdades. Decirme a mí que eras un inservible...

Se detuvo a tomar aliento.

—Y ahora a la cama —dijo—. No es conveniente que estés levantado a estas horas... Debes cuidarte... Pronto iniciarás una gira de conciertos... Roma... Copenhague... Londres... ¡El mundo entero te escuchará...! ¡El sueño de mi vida...!

La vieja cerró el piano y apagó la luz. Al pasar, Gabriel echó al caracol una mirada de angustia. La tía seguía parlotando. Bajaron la escalera. Con un suave empujón lo metió en su cuarto.

—¡Hasta mañana! —dijo melosa.

Gabriel apagó la luz y esperó que se hubiese ido. Luego volvió a subir las escaleras y penetró en la sala. Tomó al caracol y se volvió a su cuarto. Antes de comenzar a desvestirse lo puso sobre la cama. Luego se quitó la chaqueta, los pantalones y la camisa.

—¿Y ahora...? —preguntó poniendo los brazos en jarra.

—Y ahora tendrás que seguir adelante. Pero tú solo —dijo el caracol, esta vez con energía.

VII

En el despacho del director, la tía discutía en voz alta con el secretario:

—¿Usted duda de mi palabra?

—No señora... Cómo se imagina... Sin embargo...

—Recuerde usted que soy miembro de la Comisión Directiva de las Damas Protectoras de este Conservatorio.

—No quise decir...

—Entonces, es necesario que se exprese mejor.

—Pero es que... el señor director en este momento está ocupado...

La tía Bernardita carraspeó. Era señal que se lanzaba al ataque con la mayor energía.

—Para mí, no puede estar ocupado —dijo—. Dígale que estoy yo y será bastante.

Todavía el secretario aventuró algunos “pero”, “quizás”, “sin embargo”. Luego salió dando un portazo. Al cruzar por el hall, echó al niño una mirada terrible. Gabriel se hundió aún más en el asiento.

En el despacho la tía paseaba su fastidio a grandes zancadas.

Después de un rato se abrió la puerta y el director cruzó el hall ensayando un gesto de urbanidad. Detrás iba el secretario con aire de rezongo.

Al pasar frente al niño, las miradas fueron más terribles. Gabriel se dio cuenta que no podía bajar más la cabeza porque el mentón le daba ya en el pecho.

La puerta del despacho quedó entreabierta. Gabriel se incorporó para sentir mejor. Hubo voces y exclamaciones de protesta. La tía Bernardita gritaba y golpeaba el suelo con el bastón.

Nuevamente se abrió la puerta y salió el secretario. Esta vez no se ocupó de mirar al niño. Fue abriendo puertas tras puertas, y de cada una de ellas salía acompañado por alguien. Luego todos entraron en el despacho.

Pasado quince minutos el director asomó la cara y con una sonrisa de payasito llamó a Gabriel, chistándolo suavemente.

El niño hizo todo lo posible para despegarse del sillón. Se arregló el cuello de Holanda y el traje de terciopelo. La vergüenza le atufó la cara y las orejas.

—Te estamos esperando —dijo el director con voz melosa.

Lo tomó por el hombro y lo empujó suavemente hacia el salón.

La tía Bernardita en medio del coro de profesores sonreía empalagada, saludando a uno y otro lado.

Algunos profesores se calaron los lentes para poder mirar mejor al niño.

Gabriel se sintió dentro del acuario. Al fondo un gran piano de cola lo esperaba.

La mano del director lo empujó suavemente. Fue hacia el piano de cola como un sonámbulo. Hizo girar el asiento del taburete y se sentó. La tía Bernardita seguía moviendo la cabeza. Quiso estirar las manos para ponerlas sobre el teclado, pero no pudo. Estaba entumido. Volvió la cabeza y vio la puerta. Estaba cerrada con pasador. Rápidamente calculó el tiempo que tardaría en abrirla. La tía Bernardita había dejado de saludar y arrugaba las cejas extrañada. Uno de los profesores se quitó los lentes y comenzó a limpiarlos nerviosamente con la punta de la corbata. Gabriel contó mentalmente: “uno”... “dos”... Antes de haber pensado “tres” abrió la puerta y se lanzó a la calle.

Al bajar las escaleras le pareció sentir la voz chillona de la tía que daba un grito.

IX

Cuando la tía Bernardita abrió la puerta del cuarto, tenía el pecho como un ramo de ortigas. Enarboló el bastón y avanzó hacia el niño. Pero este permaneció impasible con la mirada fija en los restos del inmenso caracol que salpicaban el piso. Grandes lagrimones le caían de los ojos. Y a pesar de que la vieja señora lo tomó de los hombros y lo sacudió varias veces, gritando primero y rogándole después, el niño no despegaba la vista del suelo.

BURLERIA PROVINCIANA

A Edmundo Concha y Genie Valentie

El párroco aspiró con fruición el humo y echó una bocanada espesa que cayó herida por el chorro de luz de la lámpara.

—¡Real envido! —gritó, dando un puñetazo y asomando su cara mofletuda por entre la niebla que acababa de crear como la aparición traviesa de un gnomo.

El boticario hizo ir y venir, de una a otra comisura, el resto de su puro y luego se quedó pensativo.

Guiñando un ojo a su compañero de juego, el párroco sonrió. Tenía una expresión beatífica y picaresca a la vez, acentuada aún más por el par de hoyuelos que le bailoteaban en sus mejillas de niño glotón.

El boticario pidió misericordia a su compañero de juego. El maestro hizo un gesto despectivo, luego tiró las cartas sobre la mesa.

—No hay caso —dijo—.

El cura sonreía. Ahora tenía la cara de un duende que por primera vez ha hecho una obra buena.

—Hoy está de suerte —gruñó el maestro.

El párroco hizo una reverencia imperceptible.

—Casi todos los días —le respondió.

Con fastidio, el maestro escupió otra bocanada. El círculo de luz se volvió lechoso.

Llevándose las manos a la boca, el boticario contuvo un acceso de tos. Luego dijo entre amargo y sonriente:

—¡Cómo no! Si tiene las llaves del cielo y anda en buenas relaciones con la corte celestial.

El párroco se repantigó muy orondo.

—Cuentos —gruñó el maestro—. Eso es para los campesinos... Yo sé muy bien, pues la ciencia...

El boticario se adelantó sobre el borde de la mesa:

—¿Otra vez vamos a comenzar? —suplicó—. ¿Acaso no habrá una noche que no tengamos que escuchar lo mismo? Es hora de cambiar de tema. ¿O piensan vivir peleando toda la vida...?

—¿Peleando? —preguntó el cura con una zumba de distraído y “qué me importa”.

—Se pelea cuando se tiene contrincantes... Y usted hasta ahora no hizo otra cosa que retroceder. La falta de ideas...

El maestro levantó los brazos:

—¡Me atengo a los hechos! ¡Me atengo a los hechos! La ciencia...

—¿Acaso no son hechos probados los que se consignan en las historias de los padres de la Iglesia...?

—¡Bah!

El boticario quiso intervenir, pero un borbotón de palabras se derramó sobre las suyas. Desesperado, se tomó la cabeza con ambas manos y gritó:

—¡Basta!

Se hizo un silencio lúcido y penetrante como el chorro de la lámpara.

—Lo desafío —dijo el cura más calmado— a que me pruebe científicamente la no existencia de lo sobrenatural.

El maestro se echó hacia atrás con los pulgares en el chaleco:

—Nunca fui un desalmado —dijo con aire de perdonavidas—. Si lo hago, ¿de qué va a vivir?

La sangre le sopló al párroco en la cara. Sin embargo, pudo contenerse. Bajó la voz, y entrecerrando los ojos como si cortase algo muy fino, dijo:

Jamás podrá probarme nada... ¿Entiende? Jamás...

Se acomodó el poncho sobre los hombros. De una patada retiró la silla, abriendo la puerta y agachando la cabeza se zambulló en la oscuridad.

Tampoco esta discusión, como las anteriores, consiguió suspender la rueda de truco que noche a noche se formaba en la trastienda de la botica.

A las diez, como otras veces, llegó el cura con su ponchito sobre los hombros. Minutos más tarde, el talabartero. Por último, el maestro con el chambergo casi en la nuca y su inconfundible mechón de pelo negro sobre la frente, masticando un palillo, último resto de su cena.

Con sus dedos diligentes de prestidigitador, acostumbrados a escamotear tubos, botellas y píldoras, el boticario tendió la carpeta verde sobre la mesa redonda, trajo la caja de porotos y bajó la lámpara; luego hizo sonar las cartas con un carraspeo de vieja mañosa. El cura las barajó, y el talabartero cortó el mazo. En el círculo brillante, las cartas comenzaron a caer de las manos regordetas del párroco, saltando con una alegría mecánica de lanzadera.

En la puerta de calle sonaron dos fuertes golpes. Con pereza, el boticario se levantó a abrir. Una mujer con los ojos fuera de sí se escabulló casi por entre sus piernas y frente al párroco cayó de rodillas sollozando:

—¡Padre...! ¡Padre...! ¡Un milagro...!

Todos se incorporaron menos el cura, a quien la mujer le abrazaba las rodillas. Para calmarla, el párroco la sacudió de los hombros:

—Explícate... ¡Qué pasa...!

La mujer dejó de sollozar; se incorporó lentamente y fue poniendo los ojos en blanco como si de nuevo la beatífica aparición volviera.

—San Roque, padre, San Roque —dijo—. Yo sabía que no podía dejar de escuchar mis ruegos...

El cura se fastidió:

—Bueno... bueno. ¿Qué pasa con San Roque...?

La mujer levantó la mano hacia el cielo como si fuese a predicar la destrucción de Sodoma y Gomorra. Rotunda, dijo:

—San Roque ha sido y será el mejor santo del cielo.

El maestro, el boticario y el talabartero se asociaron al fastidio del cura.

—De una vez, buena señora, seguimos en ayunas —dijo el talabartero—. ¿Qué pasa con San Roque...?

La mujer se volvió con el brazo extendido.

—Esto —dijo—.

Un puñado de billetes cayó sobre la mesa. El boticario contó quinientos pesos. El talabartero lanzó un silbido y se pasó la mano por la frente. Satisfecha, la mujer prosiguió con más énfasis:

—Mañana me iban a quitar la casa si no pagaba la hipoteca. Pero hará cuestión de media hora un hombre, en el callejón, detuvo a mi muchacho para darle estos quinientos pesos.

El párroco arrugó el ceño y luego enarcó una ceja. Desconfiaba.

—Y a usted, buena señora —dijo—, ¿cómo le consta que San Roque es el autor del digamos... préstamo?

—Tenía barba e iba con un perro —respondió triunfante la mujer.

El maestro se dirigió al párroco sonriendo:

—¿Estos son los hechos? —dijo—.

El cura hizo a un lado a la mujer:

—Eso mismo estoy pensando —respondió agresivo—. Usted me quiere hacer pisar el palito. Luego, cuando yo certifique que se trata de un milagro, levanta el paño y me deja al descubierto. ¿No es así?

El maestro aplaudió:

—¡Bravo...! ¡Bravo...! Me gusta su defensa... Hay que ver... A su edad disfrazado de San Roque por los callejones y con barba postiza. ¿A quién le pidió prestado el perro?

Indice en ristre, el maestro se adelantó. El cura se hizo a un lado para evitar que le sacara un ojo; luego se volvió hacia la mujer.

—¿Dónde está el muchacho? —le preguntó.

—En casa..., señor cura..., en casa —tartamudeó la viuda, que había seguido la discusión sin entender una palabra.

—Vamos —dijo el párroco resuelto—. Allá investigaremos...

Se echó el poncho sobre los hombros como si fuese un aleazgo y salió decidido.

Pasó una semana desde la aparición dadivosa. La devoción por el lastimado patrono de los perros aumentó entre las comadres de la villa. Los otros santos, abandonados, se quedaron casi sin que nadie los alumbrase. Una que otra vecina terca se aferraba fieramente a su viejo partido celestial, mientras que el pueblo se agrandaba, día a día, como una maravillosa pompa de jabón llena de murmullos. Los ojos hablaban más que las bocas. Los augurios se presentían en todas partes. Un soplo de optimismo y buena voluntad lo llenó todo, las transacciones, las relaciones amistosas, las empresas nuevas. Una seguridad de protección rotunda flotaba plácidamente sobre espaldas y cabezas.

Pero el cura desconfiaba del maestro y el maestro, del cura. La explicación dada por el muchacho de la viuda no había satisfecho a ninguno de los dos.

La persecución del uno al otro se hizo implacable. Eran los únicos seres de la villa que respiraban desasosiego en medio del optimismo que todo lo invadía.

El día del desastre el cielo estaba transparente y azul. La luz era brillante y la atmósfera, limpia. Había llovido, y el aire estaba como un lienzo recién lavado. Se diría que hasta el horizonte había dejado de respirar esperando el desenlace. Porque cuando el viejo Gabriel, todo lloroso, comenzó ante el comisario a narrar la pérdida del dinero que tenía enterrado en la huerta, dentro de una botija, otro soplo de desencanto apagó la pompa brillante dentro de la cual se mecía el pueblo dulcemente.

Aquella noche los invitados llegaron tristes, desgonzados, arrastrando los pies. El más apesadumbrado era el párroco. Había luchado durante una hora entre su amor propio y el miedo a la ironía del maestro, a la cual sentía como la amenaza de una afiladísima arma blanca.

Por fin pudo más su amor propio. Durante el camino fue pensando la estrategia de argumentos que debía desplegar. Quería pensar rápidamente, pero se lo impedía la sonrisa presentida del maestro; aquellos labios finos eran como una herida quemante y ácida que lo corroía interiormente. Y la veía por todas partes, en el quicio de las puertas, en las zanjas nuevas, en los hilos del telégrafo, incisivos, crueles...

Bajo el chorro de la lámpara los tres amigos se sentaron con las cabezas gachas. Se miraban de tanto en tanto y suspiraban.

El maestro aún no había llegado. Pero apenas transcurrieron unos instantes se dejó oír, fuera, un alegre silbido que ve-

nía saltando, travieso como un dedo de chico que hurga los huecos y escribe en las paredes una interminable línea de alegres malas palabras.

El maestro entró como un actor, tiró el sombrero sobre el viejo sofá, apartó una silla y tomó asiento.

El cura, el boticario y el talabartero levantaron los ojos mansamente como bueyes soñolientos y se quedaron esperando.

El maestro sonrió con esa sonrisa fina e incisiva que el párroco tanto había presentido.

—Y... —dijo el maestro—. ¿No jugamos hoy?

Con una voz de hipocondrio respondió el boticario:

—Sí...

Luego le alargó el mazo como si fuese el bastón de un mariscal derrotado. El maestro comenzó a silbar alegremente. El silbido travieso trepaba por los viejos armarios, se paraba de puntillas a curiosear las telarañas, bajaba, subía, hurgaba los rincones y revolvía los papeles viejos.

De pronto el maestro cortó su silbido y se agachó, sigiloso. Miró a todos con ojos redondos y bailadores, y bajando la voz dijo misteriosamente:

—¿Saben una cosa...?

Los tres compañeros se echaron sobre el borde de la mesa:

—¡No! —respondieron ansiosos.

El maestro hizo sonar las cartas. Desplegó un silencio amplio y esperó un instante.

—Bueno... —agregó doctoral—. El hecho es que el hijo de la viuda acaba de confesar. El robó la botija del viejo Gabriel...

No dijo más, y comenzó a repartir las cartas lentamente.

El cura, el talabartero y el boticario dejaron caer los bellos, resignados...

El talabartero fue el primero en llegar a la noche siguiente. Su aspecto era el de un condenado que trata de acostumbrarse a su suerte. El boticario, en cambio, estaba peor que la noche pasada. Al ver llegar a su amigo sacó humildemente unas copitas y sirvió un licor de carozos. Los dos permanecieron mudos paladeando lentamente el amargo de las pepitas.

Luego de un rato, el silbido se dejó oír. Los dos amigos agacharon las cabezas. Frente a la puerta, el silbido se interrumpió.

Momentos después entró el párroco en la habitación. El talabartero miró al boticario; luego el boticario miró al talabartero. El cura sonreía.

El boticario se encogió de hombros.

—¿Comenzamos? —dijo el cura frotándose las manos.

El talabartero dejó caer aún más el labio. Luego dijo:

—Todavía no ha llegado don Simón...

El cura dio dos grandes zancadas, luego se detuvo, husmeó las copas y levantó una de ellas:

—¿Chartreuse? —preguntó.

—No. Carozos —dijo el boticario.

El cura iba a proseguir su comentario cuando el maestro cayó como una tromba. Tiró el sombrero sobre el sofá y tomó asiento. Apresuradamente comenzó a hablar:

—Rápido... rápido —dijo arreglándose el cabello—. Esta noche me siento optimista. No pienso dejarles ganar ni una mano...

Inesperadamente detuvo su vista en el párroco. Este, a su vez, lo miraba plácido, con sus hoyuelos burlones y la papada engolada como un sapo que se dispone a cantar. El maestro se fijó detenidamente en el talabartero y en el boticario. Ambos habían cambiado sus expresiones de resignados por otras de niños bobos. Una inmensa "O" los aureolaba como a patronos de la inocencia.

El maestro se mordió los labios. Cortó las cartas que ceremoniosamente le alargaba el cura, y esperó.

El juego comenzó lentamente. La primera mano la ganó el boticario, la segunda fue del maestro. Iba a comenzar la tercera cuando en la puerta de calle llamaron con fuerza.

El talabartero se levantó a abrir.

El viejo Gabriel apareció en el vano, tembloroso, con el sombrero en la mano.

—¡Padre! —gritó el talabartero—. Aquí lo buscan.

Los tres amigos se levantaron a un mismo tiempo de la mesa. El cura se adelantó y dulcemente dijo:

—¿Qué le ocurre, viejito?

El viejo estaba a punto de largarse a llorar.

—Algo terrible, padre. Necesito confesión. Me acaba de ocurrir algo terrible. Creo que estoy condenado. Pero no fui, le juro que no fui el que acusó al muchacho de la viuda. El mismo se confesó culpable luego de los azotes que el señor comisario le mandó dar en la cuadra...

El párroco cruzó los brazos sobre el pecho:

—Todavía no entiendo —dijo pausadamente—. ¿Qué es lo que pasó?

El viejo estiró una mano trémula, tratando de hacerle llegar algo.

—San Roque, padre... San Roque —balbuceó—. He visto a San Roque...

El párroco recibió el paquetito. Se corrió hasta la luz para ver mejor. Todos lo siguieron. Abrió el pequeño envoltorio y se dio un golpe con la mano en la frente:

—¡Santísima Trinidad! —dijo—. ¡Quinientos pesos!

El viejo Gabriel tragó saliva y levantó la mano queriendo hacerse entender mejor:

—Me dijo: “Son de la viuda... son para la viuda... Has cometido una grave injusticia, hijo mío... Pero aún estás a tiempo”.

Bruscamente el maestro lo interrumpió:

—¿Dónde fue? —¿A qué hora?

—En el callejón... Hará más o menos media hora...

—Media hora —dijo el maestro pensativo—. Esto me huele...

—A mí también —respondió el párroco, sosteniendo con firmeza terribles miradas que le dirigía el maestro—. Vamos a investigar para que no pasemos por tontos dos veces.

El maestro titubeó antes de echarse en busca del sombrero. Luego salió decidido. Antes de cerrar la puerta, el boticario sorprendió un brillo en la mirada del párroco. Aire y clavel, éste apenas pudo contener una sonrisa. Fue rápida como una ráfaga de marfil. El boticario cayó en la cuenta. Con el brazo tendido se adelantó con su pregunta lista, pero el cura, volviendo a sonreír lo tomó del brazo y le dijo:

—¿Cree usted, García, que yo iba a permitir que me ganaran así como así esta última mano?

LOS CARBONEROS

A Eduardo y Marta Sabaté Prebisch

En el otoño vinieron los carboneros. Pasaron frente a casa con sus carros lerdos, que se balanceaban como animales amorrados.

Los hombres ofrecían las bolsas gritando largamente con sus voces metálicas. Cortaban el grito de golpe, se miraban unos a otros y entonces se reían. En lo alto de una de las estibas, un muchacho tiznado comía una naranja. Cuando el carro pasó frente a casa nos ofreció la mitad, pero luego escondió las manos y nos guiñó un ojo.

Al atardecer, los carboneros acamparon a orillas del arroyo.

—Vamos— le dije a mi hermano. Pero éste se encogió de hombros.

—¿Para qué? —me contestó, y siguió haciendo “patas de gallo” con un piolín.

—No sé —le dije—. Tengo ganas.

Entonces me fui. Sabía que mi hermano iba a seguirme. Si me hubiera quedado a rogarle habría terminado por no ir a ver a los carboneros.

Mientras bajaba por el callejón del arroyo silbaba como si fuera distraído. Antes de llegar me agaché para atarme las zapatillas. Por entre las piernas vi que mi hermano venía arrastrando los pies y renegaba con el piolín que se le había enredado.

Los carboneros soltaron sus mulas y éstas se pusieron a ramonear aquí y allá. Junto al fuego conversaban animadamen-

te con un siseo de cigarras; mi hermano me dijo después que hablaban así porque eran santiagueños. El muchacho de la naranja iba y venía con una pava ennegrecida.

—¿Qué hacen? —preguntó mi hermano, luchando siempre con el piolín.

—No sé —le dije—. Toman café o mate.

—¡Ah! —dijo mi hermano.

El muchacho de la naranja nos alcanzó a ver y nos chistó para que nos acercáramos. Dudé un instante. Al fin me acerqué, resuelto, por detrás de un carro. De lejos el muchacho me hizo señas con un pedazo de bollo; después, con un jarro. Los hombres conversaban de cosas muy viejas y a veces levantaban los ojos al cielo para acordarse.

Cuando el muchacho hubo terminado de servir dejó la pava a un costado del fuego y vino hacia nosotros.

—¿Qué tal? —nos dijo.

—¿Qué tal? —le dije yo.

—¿Qué tal? —dijo mi hermano, que había conseguido desenredar el piolín.

—Yo también sé hacer “patas de gallo” —dijo el muchacho de la naranja... Y además, “el candelero”, “la cuna” y muchas otras cosas.

—¡Ajá! —dijo mi hermano, y comenzó a probar suerte otra vez con su piolín.

—Hubo un silencio. El muchacho de la naranja se quedó como acortado. De pronto dijo:

—¿Qué tienen para cambiar?

Yo me busqué en los bolsillos y encontré tres bolillones.

—Estos —le dije mostrándoselos.

El muchacho de la naranja abrió grandes los ojos. Mi hermano dijo:

—¡Ya está!

Había terminado una complicadísima “pata de gallo”.

—¿Y vos? —le dije al muchacho de la naranja.

—Un “carbón-alumbre”.

—Un ¿“carbón alumbre”? —le pregunté.

—Sí. Un “carbón-alumbre”.

—¿Y para qué sirve? —insistí.

—Es mágico —me dijo.

—Mentira —terció mi hermano.

—Quiero verlo —le dije.

El muchacho subió al carro y de unos trapos sacó un atadito. Luego bajó, lo desató y sacó una especie de piedra negra.

—Aquí está —me dijo.

—Mentira —dijo mi hermano.

—¿Para qué sirve? ¿qué hace? —le pregunté de nuevo al muchacho de la naranja.

—Es mágico —me contestó.

—¿Mágico?

—Sí. Desaparece.

—No puedo creer —agregué desconfiado.

El muchacho hizo una cruz con los dedos y la besó.

—Que me muera —dijo.

—¿Cómo desaparece? —le pregunté.

—Desaparece.

—¿Y vuelve a aparecer?

—Por supuesto —dijo el santiagueño.

—Mi hermano volvió a decir: “¡Mentira!”, pero guardó el piolín en el bolsillo y estiró la mano. El muchacho escondió el carbón. Entonces fue cuando me animé y le dije:

—Venga.

—Primero los bolillones —me dijo.

Con algo de miedo le di los bolillones. El me alcanzó el “carbón-alumbre”.

—¿Cómo hay que hacer? —le pregunté.

—¿Para qué? —me contestó el muchacho.

—Para que desaparezca.

—Desaparece solo, cuando uno menos piensa —me respondió.

En ese momento los hombres dejaron de conversar y nos miraron.

—Vamos —le dije a mi hermano.

Por el camino me di cuenta que se había hecho de noche porque los bichos que hacen los ruidos de la oscuridad trabajaban afanosamente. Yo apreté con fuerza el “carbón-alumbre” y apuré el paso.

Durante la cena mi hermano me miraba y se reía. Comenzó a intrigarme que hasta entonces no me hubiera pedido el “carbón-alumbre”. Cuando me fui a dormir lo puse bajo la almohada y comencé a imaginarme cosas hasta que me dio mucho miedo y me tapé la cabeza con las sábanas.

Estaba el sol muy alto cuando las gallinas me despertaron con sus cacareos. Metí la mano y busqué el carbón. No estaba. Me incorporé de un salto. Saqué la almohada primero, luego revolví toda la cama y busqué debajo. El “carbón-alumbre” había desaparecido. Entre angustiado y orgulloso corrí a la pieza de mi hermano.

Estaba sentado sobre las sábanas, a medio vestir, con las piernas cruzadas, luchando infructuosamente con otra “pata de gallo”.

—¡Es mágico! —le dije con un poco de voz.

Se encogió de hombros.

—¡Ha desaparecido! —agregué con rabia al ver que no me creía—. Lo puse bajo la almohada anoche y desapareció ¡Es mágico!

—¿Qué cosa? —dijo sonriendo y sin levantar los ojos.

—¡El “carbón”! —Grité—. ¡El “carbón-alumbre”!

Lentamente elevó la cabeza, me miró sonriendo, y dijo:

—¿Cuál? ¿Este? —y sacó mi carbón mágico debajo de su almohada. Me abalancé y se lo arrebaté furioso. De pronto me acordé de los carboneros y a medio vestir corrí al arroyo. Los carros habían desaparecido. Sólo quedaba el fogón moribundo que se despenaba en un hilo de humo melancólico.

LOS CAMIONEROS

A Male Santillán

Al doblar la curva, los faros del camión hicieron surgir de la nada al cartel blanco: A SAN VICENTE 15 Km. Pero luego éste desapareció y otra vez el chorro de luz se proyectó hacia la oscuridad con voracidad angustiosa. La noche parecía no tener fin.

El motor había llegado al final del ronroneo y comenzó a sisear largamente.

En la litera de atrás, Sandro dormía plácido y seguro.

Pietro pensó: "Después del cartel hay un ranchito; a tres cuadras, un árbol; después, el desierto".

Tuvo la sensación de estar ciego solo en forma parcial. La única visión que le quedaba era aquella que le abrían los faros sobre el camino. A treinta metros volvía a cerrarse la pared negra y viscosa que siempre retrocedía.

—Si hubiera al menos estrellas —se dijo en voz alta.

Sorpresivamente los faros descubrieron un alambrado que acababa de ser pintado. Los palos pasaron rápida y alegremente. Pietro tuvo la sensación de haber escuchado, lejana y desvaída, una música de marimbas como la que soñaba, en Pescara, que debían tocar los naturales de América.

Pero también los palos se esfumaron.

Trató de mirar por la ventanilla. Más allá de la oscuridad estaba el desierto. Lo presentía agazapado.

Faltaban todavía tres horas y media para que comenzara a aclarar.

Luego masculló entre dientes:

—América... América...

Sentía la presencia del desierto más allá del límite de los faros. Sabía el color de las matas verdinegras, de las plantas duras, de los islotes de salitre que a veces brillaban como charcas de agua.

—¿Y las nubes? —se preguntó—. ¿Habrá nubes ahora arriba?

Apretó el acelerador con fuerza y los faros se hundieron con rabia en la oscuridad espesa. El velocímetro marcó 70, 75, 80 kilómetros. La carga comenzó a bailar en la caja.

Sintió que era posible romper la oscuridad, que era posible atravesar la muralla con los faros y salir de pronto a un paisaje iluminado, lleno de nubes claras, de islotes de salitre y en el horizonte contra un cielo de acero, ver como se recortaban las primeras montañas del Noroeste.

La aguja marcó 85, 90 y 95 kilómetros.

Sandro se incorporó en la litera y dijo asustado:

—Pietro, ¿qué pasa? Pietro...

Entonces le pareció que todo era inútil. En la garganta, la angustia lo ahogó como un sollozo.

Sacó el pie del acelerador y dejó que el camión fuera perdiendo velocidad lentamente.

Sintió cómo Sandro se deslizaba hasta el asiento.

El camión se detuvo. Pietro apagó los faros y la oscuridad los sumergió del todo. Luego abrió la puerta y se lanzó hacia la noche. Sandro lo siguió a corta distancia. Cuando le dió alcance Pietro miraba fijamente un punto distante.

—¡Pietro! —le dijo Sandro —¿Qué te pasa?

El murmuró entre dientes:

—El mar... más allá está el mar...

Luego se volvió al camión en silencio. Sorprendido y somnoliento su amigo lo acompañó de cerca. Puso en marcha el

motor y luego prendió los faros. El chorro de luz sorprendió a una vaca vieja y flaca que atravesaba lentamente el camino. Parecía un enorme reptil de ojos brillosos y de cuero húmedo.

El animal se volvió, miró el camión y luego se hundió con paciencia en el agua de la noche.

LA SOSPECHA

A María Luisa Ferdman

*“Aguardemos así, obedientes y sin más
remedio, la vuelta, el desagravio
de los mayores siempre delanteros...”*

César Vallejo.

Lunes

A pesar de lo que dice Beltrán, yo no le creo. Guido se enoja conmigo. Me insulta. Cree que como soy mujer, no puedo hacer las cosas que él hace, y por lo tanto, tampoco darme cuenta de otras.

Es cierto que soy torpe. A veces un poco lerda. Pero también creo que el tío Nicolás tiene razón cuando dice que Guido es mentiroso y que algún día llegará a ser un buen poeta. Aunque esto de que llegará a ser un buen poeta por ser tan mentiroso, no alcanzo a comprenderlo bien.

Me da fastidio una cosa. Y es que siempre termino por dejarme arrastrar por sus invenciones.

Cuando descubro sus trampas, lloro. Subo al altillo y me escondo. Pero hasta allí me persiguen sus gritos: "¡Juana es una tonta! ¡Juana es una tonta!".

Y no puedo quitarme de las orejas sus carcajadas de vidrio.

Siempre se empeña en hacerme llorar. Y yo, siempre me olvido en seguida, sobre todo si viene con una invención nueva.

La curiosidad me domina. El sabe que con la curiosidad es con lo único que puede dominarme.

Cuenta sus historias como si fuesen verdaderas. Entrecierra los ojos y cuando tiene algo de importancia para decirme, los abre de golpe.

Nunca me ha dicho algo terrible, sin dar primero grandes rodeos y luego abrir los ojos.

Otra cosa que le encanta hacer es asustarme. La oración es su hora favorita.

Se llega como un gatito y me pregunta meloso: "Juana, ¿quieres que te cuente una historia?"

Yo me indigno, pero todo de mentira, porque en el fondo me gusta morirme de miedo. Al principio digo, no. Doy patadas en el suelo. Pero él comienza como si no le importara. Arruga las cejas y mira hacia arriba, hacia el cielo, que a esa hora se pone extraño, como si se alejase para siempre, como si se elevara lejos, mucho más lejos de lo que suele estar al mediodía.

Y es entonces cuando Guido comienza.

Como yo tengo los oídos tapados, sólo puedo verle mover la boca. Me mira de reojo... Sé que la historia aún no ha comenzado, pues suele hacerles unas introducciones muy largas.

Bajo las manos lentamente a causa de la maldita curiosidad. Entonces recién comienza la historia. Pero él simula que el cuento está muy avanzado.

En ocasiones suele unir dos o tres historias con un "como iba diciendo...".

Cuando la abuela se entera de que me asusta, lo reprende. En ocasiones, para vengarme, lo acuso. Sin embargo, si es que lo llegan a poner en penitencia no puedo resistir la tentación de ir a visitarlo a la cama o a conversar con él en el rincón de los plantones. Y si el castigo es dejarlo sin postre, escondo un poco del mío y se lo llevo.

Jamás lo pude resistir. He intentado muchas veces, pero al fin soy vencida.

Ahora está peor, pues a casa acaba de llegar un peón nuevo. Hicieron grandes migas de entrada. Se le parece mucho. Sobre todo en la forma de contar cosas y descubrir maravillas.

Es así como vivo todo el día entre secretos y asombros. Pero me parece que Beltrán comienza a dominar poco a poco a mi primo. Ahora Guido no puede pasarse sin él. Si no está en la casa sale a buscarlo al bajo, donde siempre arregla los animales del sulky, o en la huerta donde tiene un hermoso almácigo.

Entre ambos se disputan a cual me hace morir más de miedo con sus historias.

Beltrán sabe cuantas son las cuevas que llevan al centro de la tierra y que cosas se pueden ver allí. Cuando niño pudo entrar por una de ellas, porque era muy flaco. Guido, le contó como conocer los repollos donde los duendes suelen hacer nidos.

Hoy estamos muy atareados en conseguir un billete de cien pesos, pero con una seña muy especial. Beltrán dice que los que tienen esa seña, son semillas del dinero...

Al principio Guido no quiso creerlo, pero como vio que yo también dudaba se puso a afirmar que era cierto y que él también lo sabía desde mucho tiempo atrás.

Beltrán dice que los Presidentes de la República tienen esa clase de billetes que les sirven para hacer los otros. No siempre los utilizan. Cuando están pobres y no tienen con qué afrontar los gastos, siembran uno de ellos. Al cabo de unas semanas, la planta asoma. Luego de unos días, florece. Cuando cae la flor, suelta una vaina como la del poroto que tiene dentro monedas y billetes de los comunes. Con ese dinero pagan a todos, y el país vuelve a ser rico.

Como dije al principio, Guido no creía. Y yo, aún sigo con mi sospecha. Creo que mi primo tampoco está muy convencido, no quiere quedar mal ante Beltrán, y por otra parte

quiere animarme, pues Beltrán nos ha propuesto que busquemos en el arcón del abuelo todos los billetes de cien que haya, para que él los examine. Podría ser, por casualidad, que alguno de esos fuese semilla.

Beltrán dice que hubo un presidente que cierta vez gastó algunos de esos billetes, pues estaba muy pobre, pero muy pobre. Y como la gente no sabe distinguirlos de los comunes, nadie puede hacer dinero fácilmente.

Desde hace muchos años anda en busca de alguno de esos billetes. El día que lo llegue a encontrar, se hará rico y no trabajará más. Se comprará un campito en Santa Rita, una trovilla de caballos, un sillonero para los días domingos y tendrá muchos peones que le trabajarán para él. Piensa además comprar una guitarra, una cama y muchas otras cosas. El campo de Santa Rita le gusta porque está cerca de un río y en ese río hay bagres, bogas y dorados.

Entusiasmado por el cuento Guido hizo un pacto con Beltrán: si llegase a encontrar algún billete de los raros, se repararán la cosecha entre los dos. Piensa comprar una casa para los abuelos, una mecedora para la abuela y muchos libros de historias. Además quiere un caballo lobuno y un apero salteño.

Aunque yo todavía desconfío un poco, me gustaría que todo fuese cierto; así Guido me podría regalar un gran lazo de seda verde para atarme el cabello, y una muñeca de loza con los ojos azules y medias de seda y zapatillas de charol, y un traje blanco, y una mantilla.

Bueno. Cuando le dije a Beltrán todo lo que quería se rió. —Niña —me dijo— tendrá que esperar un tiempo, porque la planta al principio no va a dar para tanto”.

Pero sigo creyendo que Beltrán nos miente. Hay algo en su manera de ser que no me gusta. Sobre todo la forma como

conversa con la cocinera, y su insistencia para que no digamos nada al abuelo ni a la abuela.

Tampoco sabe explicar cómo supo cuáles billetes sirven y cuáles no.

Unas veces nos dice que su padre fue amigo de un presidente que murió hace algunos años, pero no recuerda el nombre. Otras, que él mismo lo supo cuando fue a Buenos Aires para servir en la Casa de Gobierno y que una noche logró enterarse mirando por el ojo de la cerradura.

Tengo mis dudas... No estoy muy convencida... y Beltrán, Beltrán... no me gusta del todo...

Jueves

Estoy desesperada. Guido me obligó a registrar el arcón. No sé de qué manera logró abrirlo.

Como yo tengo la mano más delgada que la suya, pude sacar fácilmente la cajita de cobre donde guardan el dinero.

Nos llevamos tres billetes de cien y se los entregamos a Beltrán durante la siesta.

Primero observó uno. Luego de darle vueltas por todos lados, se lo devolvió a Guido diciendo: —“No sirve”.

Nadie podrá creer, ¡pero el segundo tenía las marcas! —“Casualidad, pura casualidad” —dijo Beltrán.

En un principio desconfiamos, pero el peón consultó unos apuntes que tenía en una libreta mugrienta.

El otro billete tampoco servía como el primero.

Guido está furioso conmigo. Me dice que soy una miedosa: total, una mujercita.

Cuando pregunté cómo era posible que de un pedazo de papel pudiese nacer una planta, me tiró el pelo y luego se rió: —“Ladrón, Beltrán —me dijo—. Si fuese ladrón, nos habría dicho que todos servían y se los habría guardado”. Luego agre-

gó que él conocía una cantidad de semillas que eran tan delgadas como un pedazo de papel y de las cuales sin embargo salían árboles inmensos. Enumeró una cantidad de nombres que ahora ya no recuerdo.

Martes

Ayer plantamos el billete. Beltrán lo puso en la tierra envuelto entre unas pajitas de trigo y unas motas de lana. Nos prohibió que lo regáramos. La primer agua que debe recibir es la de lluvia. De otra manera puede podrirse.

La actitud de la abuela me aflige un poco. Todavía no ha echado de menos la desaparición del dinero. Pero lo notará.

La abuela tiene presentimientos. De una manera u otra se anticipa a lo que va a suceder. Es como si el aire le avisase en forma extraña. Pareciera que el aire, queriéndole contar lo que va a ocurrir pronto, se adelgazase, mucho, mucho. Y digo esto, porque todos los presentimientos la sorprenden al caer la tarde, cuando el aire parece ser más fino, más cernido. Su piel y el aire, hablan, se dicen cosas que la abuela no logra entender bien. Entonces suspira.

Así sucedió cuando trajeron la noticia de la muerte de su hermano. Y cuando cayó enfermo grave el abuelo. Era ya entrada la oración y ella comenzó a ahogarse, como si recién hubiese terminado de sollozar.

Pero no sólo presiente las malas noticias, sino también las buenas.

Por eso, cuando ayer a la tarde comenzó a sentirse ahogada, tuve miedo. Pero luego pensé bien las cosas y comencé a alegrarme. ¿Presentía acaso que pronto todos habríamos de ser ricos, o quizá...? Esto último no quiero ni pensarlo.

Debo guardar el secreto hasta que la planta comience a brotar. Pero, ¿si entre tanto descubren que la caja falta? ¿Qué vamos a hacer?

Viernes

Estoy sorprendida, mejor dicho deslumbrada. La semilla comenzó a brotar!

Tiene dos hojitas verdes. Es igual a una planta de porotos.

Guido está loco de gusto. Beltrán le dijo que dentro de varios días florecerá. A la semana siguiente dará sus primeras vainas. Las vainas tardan diez días en madurar. ¡En un mes, más o menos, seremos ricos!

Cuando en la mesa el abuelo habló de pagar la hipoteca e hizo cuentas nos quedamos mudos.

Necesita el abuelo trescientos pesos. Justo la cantidad que sacamos. Guido conserva los otros dos billetes de cien que no servían, pero ya es tarde para volver a ponerlos en el arcón. Sospecharían de nosotros.

El abuelo estaba muy contento. Nosotros no pudimos comer. —“Es el último pago— le dijo a la abuela. —Dentro de poco estaremos libres de esa mortificación. No habrá un solo vencimiento más”.

Toda la siesta estuvo silbando y cantando mientras trabajaba en el escritorio.

Por suerte, el vencimiento es a fin del mes próximo. Para entonces las vainas estarán maduras.

Tenemos que resistir, resistir y no decir nada.

Sería terrible que nos descubrieran cuando todo está marchando tan bien!

Lunes

Hoy le hicimos un encatrado a la plantita para que extienda sus guías.

Beltrán nos dijo que ya podíamos regarla.

Sostengo que es exactamente igual a una planta de porotos.

Con Guido nos pasamos horas enteras observándola. Me dice que alcanza a ver como crece. Pero yo no lo logro.

El afirma que se estira lentamente, como con pereza, y que las yemas se abren suaves como si la planta estuviese por bostezar. Pronto habrá una flor.

Fijo la vista y no consigo ver nada; la planta, para mí, sigue inmóvil.

En cambio al día siguiente recién puedo advertir sus progresos.

Hoy estuvimos discutiendo con Guido, pues opino que las plantas sólo crecen de noche y que durante el día están inmóviles.

La discusión terminó a pellizcones, como siempre...

Domingo

¡El abuelo está furioso! Ha descubierto que le faltan los trescientos pesos. Pero no sospecha de nosotros.

La cocinera discutió toda la mañana con la abuela. Habló de irse. La abuela estuvo llorando. La quiere mucho. Hace ya más de seis años que está con nosotros.

Guido tiene miedo. No lo dice, pero se puso muy pálido cuando el abuelo dijo que iba a llamar a la policía.

Se puso furioso conmigo porque le supliqué que contásemos lo ocurrido.

—“Si apenas falta una semana” —me dijo—. “¿Lo quieres echar a perder todo? Será mejor que esperemos. En último caso avisaremos recién, y eso, si es que las cosas se ponen feas”.

La abuela lloró toda la noche. A la madrugada conversaba todavía con el abuelo.

—“No te aflijas” —le decía—. “Todavía puedes conseguir un préstamo”.

—“No puedo” —susurró él—. “Acabo de pedir dinero para comprar mercaderías. Es una suma muy fuerte”.

—“No hay que desesperar —continuaba la abuela—. Esa plata debe estar en casa. Quizá en otro lado... Nadie más que tú tienes las llaves”.

¿Hasta cuándo podré guardar el secreto, viéndolos sufrir de ese modo?

Guido llegó a amenazarme. Pero cuando vio mis lágrimas se puso como siempre a decir mimoserías.

Lunes

La planta crece con rapidez. Pero aún falta mucho.

El abuelo habló ayer con el comisario. A la tarde vino a visitarnos.

Guido estaba pálido.

El comisario nos preguntó muchas cosas. Trataba de hacernos entrar en confianza. A la legua se le adivinaban sus intenciones.

¡Qué graciosas quedan las personas mayores cuando tratan de hacerse los niños para sacarnos una verdad!

Hice todo lo que Guido me dijo. No moví ni un pelo.

La cocinera salió llorando luego de haber estado más de media hora a solas con el comisario.

Al único que no pudieron interrogar fue a Beltrán. Hace ya varios días que no viene.

Martes

¡Qué pena! Poco faltó para que lloráramos esta mañana.
¡La planta amaneció lánguida como si estuviera por secarse!

Guido le echó agua, le sopló las hojas tratando de reanimarla. Indudablemente está enferma.

Durante toda la mañana buscamos a Beltrán. Pero no pudimos dar con él. Nadie lo conoce en la villa. Y el abuelo sospecha. En la mesa se lo dijo a la abuela.

Debemos encontrar a Beltrán a toda costa para que nos diga qué debemos hacer.

—¡Es terrible ver cómo la felicidad se nos puede escapar tan fácilmente de las manos!

El abuelo está muy abatido por lo de la hipoteca.

Miércoles

¡La planta amaneció negra, con todas las hojas marchitas!

Cuando el abuelo habló de vender las joyas de casamiento la abuela suspiró y no dijo nada.

Estamos muy tristes por dos razones: primero, porque fuimos los causantes de toda esta desgracia; segundo, porque perdimos la ocasión de hacer algo verdaderamente maravilloso.

Estoy segura que Guido piensa como yo, y como yo sospecha. Pero así y todo, hacemos lo posible por imaginarnos fuerte, muy fuerte, que si la planta no se hubiese secado, hoy seríamos muy felices, pero muy felices...

VARIACIONES SOBRE VIEJOS TEMAS

LAS GITANAS

A Dominique Bosco, en Tours

Vivimos en una casa muy vieja, con un frente ruinoso y un gran patio interior lleno de plantas. Hay, además, una glicina sarmentosa que se arrastra penosamente por un encastrado y una hiedra esconde las lepras de la pared carcomida por el salitre.

Somos dos hermanas únicamente. Aún cuando le llevo a Clelia un año y meses ella parece mayor que yo. Nuestros padres son extranjeros; nacieron en Europa Central. Pero nunca he podido encontrar en el mapa el pueblo de Illajna y el país al que pertenecen de donde, según ellos, vinieron hace 15 años.

Con mi hermana hemos vivido confiadas, protegidas por su solicitud. Pero un día descubrimos su tristeza. Porque ambos viven una tristeza honda, callada, que se la comunican y alimentan cuando se miran en la mesa, cuando mi padre se despide para el trabajo o cuando parte para sus largos viajes. Sé que es algo que nunca nos contarán, pero con mi hermana comenzamos a sospechar las cosas, sobre todo desde ayer que fuimos testigos de un hecho que aquí quiero contar.

Al atardecer, mi madre vagaba como sonámbula por la amplia y húmeda galería, mirando hacia el corredor a la espera de los pasos de mi padre que no debía tardar mucho del trabajo. Nosotras bordábamos en los grandes bastidores de mimbre protegidas por el silencio melancólico de ella.

Inesperadamente sonaron dos aldabonazos en la puerta de calle y mi madre gritó con fastidio:

—¡Ya va!

Las dos dejamos los bastidores y fuimos tras ella. Cuando abrió la puerta la vimos palidecer. En el umbral estaban dos gitanas: una vieja y desdentada y la otra muy niña y muy sucia.

Mi madre se tomó de la hoja de la puerta como si vacilara. La gitana vieja preguntó si no teníamos cobres para vender o componer. Ante la negativa preguntó si quería que le echara las cartas y cuando mi madre movió la cabeza por segunda vez terminó por pedir unos trapos para la chicuela.

Mi madre miraba a la gitana con los ojos casi velados, pero no por las lágrimas sino por algo así como el recuerdo; y también con rabia por algo que estaba muy lejos en el tiempo. Parecía como si luchara por no decir algo a las gitanas porque una cosa se lo impedía, una cosa que al ser revelada la volvería impura para siempre.

Pero al fin el deseo fue más fuerte y dijo con una voz sorda, en un idioma que no es el que conversa con mi padre:

—¡Dobroito Samishto!

La gitana vieja dio un paso atrás. La más chica, se tomó de su falda descolorida, también con miedo. La vieja murmuró unas palabras así como una jaculatoria o una maldición, se hizo la señal de la cruz en la frente y en la boca y luego escupió a los pies de mi madre. Y huyó despavorida.

Mi madre quiso hacer un ademán para retenerla pero detuvo el brazo y lo apretó con fuerza contra su cuerpo.

Luego se volvió y al ver que estábamos nosotras bajó la cabeza y se encerró en su cuarto.

A la noche, durante la cena tampoco ella ni el padre levantaron los ojos para mirarnos.

EL SUSTO

A María Elena Salas y Ana González Lelong

Desde ese día comencé a mirar a mi madre con otros ojos. También, a menudo, me miraba al espejo.

Era verdad, era moreno. Mi hermano en cambio era rubio y tenía los ojos azules.

—Ya verás cuando vengan los gitanos —me decía.

Y todas las noches yo rezaba para que no vinieran.

Sí. Miraba a mi madre con angustia. Porque esa era la madre que a mí me gustaba y sabía que no podía vivir sin ella. Por eso tenía miedo que lo que decía mi hermano fuera verdad.

Rondaba alrededor de ella en silencio y la miraba largamente como si esperase que de pronto fuera a desaparecer en el aire reemplazada por otra madre morena, por una gitana de una gran pollera de colores, con aros, prendedores, dijes, zarcillos de cobre y abalorios baratos.

De noche, cuando nos apagaban la luz, me quedaba con los ojos abiertos, pensando. Sentía que mi hermano me vigilaba y a veces me pareció que se reía.

Constantemente me vigilaba y varias veces me sorprendió en los instantes que hacía cariños de lejos a aquella que hasta hace poco había querido con inocencia.

Y ella no se daba cuenta de mi angustia y circulaba, como siempre, entre las cosas envuelta por mi acongojada ternura.

Esa mañana no pude más y corrí a refugiarme en su regazo gritando:

—No... No quiero que me lleven... No me importa.

Ella dejó de conversar con la gitana vieja que cerraba el ojo izquierdo para defenderse del humo de un cigarrillo que hacía bailar a un costado de la boca.

Ella me separó con fuerza pero con cariño y me preguntó entre sonriente y sorprendida:

—¿Qué dices?

—Que no quiero irme con ella —dije ahogado por los sollozos y aferrándome a su gran batón floreado.

Y cuando me apretó contra su regazo sentí como si me hundiera en un pozo dulce y profundo.

Al despertarme, lo primero que vi fue la cara angustiada de mi hermano y la mano de ella. En la habitación había un fuerte olor a Agua de Colonia.

—¿Cuándo me llevan? —pregunté con un hilo de voz.

—Nunca —me respondió muy bajito. Entonces me di cuenta que ella tenía los ojos enrojecidos.

Mi hermano en cambio ponía cara de penitencia.

—Me han dejado sin postre por dos meses —balbuceó entre falsos “pucheros”.

Me senté en la cama.

—¡Entonces no es cierto! —grité.

Mi madre me abrazó con fuerza y comenzó como a acunarme.

—La pobre gitana vino a venderme una paila de cobre —sentí que me decía.

Pero yo no podía hacer nada más que abrazarla, reír convulsivamente y sollozar.

De pronto por sobre el hombro de mi madre, miré a mi hermano. Me hizo un guiño. Nunca pude saber si era de complicidad o de cruel sabiduría.

LA ESCOPETA

A Martín Campos

BIBLIOTECA DE LETRAS
Donación
de Inés y David
Lagmanevich

Avanzó entre los naranjos. El sol caía con tanta fuerza que le obligaba a entrecerrar los ojos. La paloma saltó entonces de una rama a otra, y a otra, y se perdió por entre el follaje bien alto. Con la escopeta levantada, Matías se acercó hasta el tronco del árbol. Pero por más que examinó hoja por hoja, no pudo dar con la paloma. Extrañado, se rascó la nuca.

De pronto, sobre su cabeza sintió un ruido. Volvió a fijarse. Arrebujado entre unas ramas, había un pájaro. No era su paloma; era un pájaro de un color entre azulado y ceniciento. Con cuidado, Matías apoyó el arma en el hombro y levantó el gatillo.

—“Ya que no es la paloma —se dijo— no me voy a volver a la casa con las manos vacías”.

Pero en ese instante, el pájaro saltó a una horqueta, sacudió las alas e hinchando la gola se puso a cantar.

Matías, que ya había llegado al primer descanso, abandonó el gatillo y escuchó.

—“Qué extraño —se dijo—. Jamás he escuchado cantar a un pájaro como éste”.

El trino, en el redondel de la siesta, subía como un árbol dorado y rumoroso. A Matías le pareció que más que el canto del pájaro, lo que se desgranaba eran las escamas amodorradas de la siesta misma. Y le comenzó a entrar un sopor dulce, unas ganas de abandonarse a los recuerdos de los tiempos felices y

de no hacer nada más que escuchar el canto del pájaro que seguía subiendo, esta vez como un perfume agridulce y verde.

Para escuchar mejor, dejó caer la escopeta a un lado y arrastrando los pies se acercó al árbol para apoyarse en el tronco. El pájaro había desaparecido, pero su canto continuaba flotando en el aire. Y no pudo sustraerse a la tentación de mirar al cielo y levantó los ojos. Allá arriba, entre unas nubes ociosas que desfleaban gigantescas flores de cardo, dos grandes pájaros negros volaban en lánguidos círculos inmensos. Matías, entonces, no supo distinguir si la dulzura que sentía venía del canto de aquel pájaro o de las nubes que se desvanecían como borrachas a lo lejos.

El canto, entonces, se acabó de improviso. Los pájaros y las nubes desaparecieron y él volvió en sí.

—“Me estoy volviendo muy abriboca” —se dijo mientras sacudía la cabeza.

Buscó la escopeta pero no la encontró donde creía haberla dejado. Caminó más allá, volvió más acá, pero el arma había desaparecido.

—¡Esto me pasa por tonto! —gritó en voz alta.

Y todo lo que hizo después fue en vano. Al cabo de una hora, ya cansado, se dijo:

—“Me iré a la casa a buscar a mi muchacho. Entre los dos la vamos a encontrar más ligero. No puedo perder así un arma tan hermosa”.

Y se lanzó cortando campo hasta alcanzar el callejón.

Al entrar al pueblo fue cuando comenzó a sentir algo raro. Estaba como desorientado: echaba de menos algunos edificios y otros le parecía que nunca en su vida los había visto. A medida que avanzaba, la sensación iba en aumento. Y al llegar a su casa, el miedo le sopló en la cara un presentimiento vago, pero terrible.

Penetró en el zaguán. En el patio, cuatro chicos jugaban y cantaban. Al verlo se desbandaron gritando:

—¡El Viejo...! ¡El Viejo...!

Una mujer salió de una habitación sacudiéndose las hilachas de la falda. Matías bulbuceó con un hilo de voz:

—¿Quién es usted...? Yo busco a Leandro...

La mujer lo miró largamente y frunció el entrecejo.

—¿Qué dice, buen hombre? —dijo.

—Busco a Leandro —tartamudeó Matías—. A mi hijo Leandro... Esta es mi casa.

—¿Su casa? —dijo la mujer.

—¡Sí. Mi casa! —gritó Matías. —La casa de Matías Fernández.

La mujer hizo un gesto de extrañeza.

—Era... —dijo sonriendo con tristeza—. Nosotros la compramos hace veinte años cuando desapareció don Matías y todos sus hijos se fueron de este pueblo.

—¡Qué! —gritó Matías, levantando las manos como para defenderse.

—Sí... —Asintió la mujer temerosa.

Entonces, Matías se fijó en sus manos y se dió cuenta que estaban arrugadas, muy arrugadas y trémulas como las de un hombre muy viejo. Y huyó despavorido dando un grito.

LA CIGARRA Y LA HORMIGA

A Ricardo Rocha

Somos como hormiguitas. Viajamos de un lado para el otro del país de acuerdo con el almanaque. El mes que viene hay una fiesta en La Rioja y allá iremos con nuestras valijas. No pedimos mucho. Apenas un lugar en una vereda para poner nuestra mercadería que vale muy poco en realidad. Porque nosotros, además de las cositas que vendemos, les enseñamos a los clientes a mirar el mundo de otra manera, en medio de grandes bocanadas de maravilla. Por unos centavos se llevan un cortalatas, un sacacorchos, un espejito, un jabón de olor, pero también un poquito de magia. Para esto último, basta un naipe viejo, dedos ágiles y mucha labia. Hay que saber administrar las palabras y los gestos para que la gente comience a soñar con los ojos abiertos. Como verán, nuestra mercadería es, en realidad, un poco de asombro.

Somos muy unidos. Jamás nos estorbamos. Por el contrario, cuando alguno está en apuros le damos una mano. Salvo, claro está, a ese pícaro de Lobito. El cree que nos va a arreglar con pura simpatía. Porque, a decir verdad, el hombre es simpático. Tiene una cara dormilona y achinada; es lerdón para hablar pero muy hábil de manos y cuando las gentes se resisten a creer lo que cuenta, las mira largo y después se sonríe achinados los ojitos de animal cuevero; los hoyuelos de sus mejillas hacen el resto y la gente se rinde a la simpatía. Pero es un vago, vive al día, trabaja cuando necesita unos pesos y como no tiene capital comienza a los sablazos: a este ambulante

te le pide un poco; a este otro que le preste la valija, al de más allá unos espejitos o unos almanaques. Es cierto que devuelve la plata, pero tarde, mal y cuando se le ocurre. Al gallego López lo hizo esperar cerca de un año. Desapareció y no le vimos el polvo hasta las fiestas patronales de Cruz Chica. Pagó todas las deudas, pero volvió a pedirnos prestadas cosas para vender porque según nos dijo tenía un gran apuro familiar. El caso es que ninguno de nosotros le conoce ni casa ni familia y cuando le preguntamos, entrecierra los ojitos y se deja ir como si estuviese mirando un humito delgado y distante. Eso sí, le gustan las mujeres y es capaz, por seguir unas polleras, de tirar todo.

Por esta mala costumbre de Lobito, nos pusimos de acuerdo para no prestarle más mercadería. Para que aprenda a ahorrar, para que compre como compramos nosotros, para que se vuelva un muchacho formal. Pero en la Feria Anual de Loma Verde, Lobito volvió a las andadas. Inútiles fueron sus argumentos y como ya estábamos prevenidos contra sus guiños y sonrisas hicimos de tripa corazón y nos endurecimos. El pobre no tenía ni un peso, pero ya verán como salió del paso el muy sinvergüenza; lo malo es que todo a costilla nuestra porque ese día no pudimos vender nada: prácticamente, se alzó con la clientela.

A una chinita del pueblo le pidió prestado un pato y de paso le dio palabra de casamiento. Después se fue a verlo al comisario para pedirle permiso para instalar un juego novedoso. El hombre se negó al principio porque dijo que en su jurisdicción estaban terminantemente prohibidos los juegos de azar, pero luego cedió y ustedes ya saben por qué. Más tarde, Lobito lo vio al intendente para que le dejara abrir un pozo en un costado de la Plaza. El intendente dijo que sí a regañadientes. Con varillas de sauce, Lobito hizo unos aros; cavó el pozo,

le echó agua hasta que quedó convertido en una lagunita; la rodeó de cajones vacíos y echó, el pato al agua. Después se puso a gritar como un desaforado. Vendía tres aros por un peso y pagaba 100 pesos al que ensartara uno de ellos en el cogote del animal. Pronto las gentes abandonaron los otros puestos. Qué podía hacer nuestro pequeño asombro contra la esperanza desatada por la fortuna. Y Lobito se llenó los bolsillos. ¡Ah!, y se quedó en el pueblo; ustedes ya saben por qué.

Esa noche fue a la estación a despedirnos. Pasamos a su lado en silencio, avergonzados y con rabia.

Antes de subir al vagón, me encaré con él y le dije:

—¿Decime Lobito, no te da vergüenza?

El me miró y achicó todo lo que pudo sus ojitos achinados, iluminó el oyuelo con una ráfaga de picardía y alzando los hombros me contestó:

—Me extraña, Ramírez. ¿Vos no sabés que la imaginación es una forma del entusiasmo?

JAQUE AL REY

A Gustavo Bravo Figueroa

“Oh, si al menos un juicio universal / encomendado a hombres buenos y nobles / pudiera decidir lo que está bien. / Pero en vez de eso, cada cual cree, / que está bien aquello que le beneficia. / Es más: a cada paso vemos que al poderoso / al hábil, todo le parece bien / y todo lo estima lícito...”

Goethe, Torcuato Tasso, acto II, escena I.

—No se mueva.

El dictador obedeció. Otra voz le ordenó que caminara hacia la pared, que apoyara en ella las espaldas y levantara las manos.

Reinhardt obedeció.

Mientras caminaba, la impotencia le hacía ceñir los dientes. La primera voz le era familiar aunque trataba de ser impersonal.

La pared se iba acercando lentamente. Apuró el paso para volverse de una vez por todas. Levantó los brazos y giró.

La sonrisa del ministro Freiherr tenía algo de ratón y de niño travieso al mismo tiempo. Detrás de Freiherr estaban los miembros de la Asamblea. Schenell, su secretario, también sonreía.

Freiherr, con la pistola en la mano, se adelantó y dijo:

—Como usted ve, señor, el compromiso que teníamos ha terminado. Reclamamos el poder en nombre de la Nación.

Reinhardt fingió asombro:

—¿A qué se debe todo esto? —dijo—. ¿Acaso las cosas no marchan bien?

Freiherr sonrió:

—Demasiado bien, excelencia; demasiado bien, tanto, que el único engañado está ahora de espaldas a la pared.

El dictador murmuró sordamente:

—Bravo.

Freiherr ensombreció el rostro. Ambos enmudecieron un rato pero no dejaron de mirarse fijamente buscando una reacción que les permitiera reanudar el diálogo.

De pronto el dictador estalló.

—Pronto estaré libre. Y más, quien sabe si no son ustedes mismos quienes me van a rogar para que vuelva.

El doctor Freiherr volvió a encañonarlo con la pistola y comenzó a decir lentamente:

—La libertad...

El dictador lo interrumpió dando un paso:

—La libertad... la libertad... Hay una cosa que ustedes no han aprendido. Se es libre para algo. Todo hombre aprende en su vida a vencer una parcela de dificultades y en esa parcela sí que es libre: el sabio, sus números; el obrero, sus herramientas. No se puede ser libre para todo. Yo he elegido mi parcela también: manejar a los hombres, y en ella soy libre... No se puede gozar de la libertad en todo sentido...

El doctor Freiherr, volvió a mirarlo y sonrió. Pero Reinhardt no supo esta vez si era por compasión o por desprecio. Luego dijo lentamente:

—Curioso determinismo. Pero bien vale la pena que nosotros intentemos vencerlo.

Volvió a sonreír, esta vez con dulzura, como si estuviera de vuelta a las cosas.

El dictador comprendió, hizo una leve reverencia. Luego dijo con un leve tono de cinismo:

—Doctor, creo que vale la pena.

Y dirigiéndose a los otros circunstantes agregó:

—Caballeros, espero órdenes...

Dos guardias se ubicaron a ambos lados del dictador. El doctor Freiherr dijo:

—A la Seguridad Nacional.

Luego que los tacos dejaron de sonar en el pavimento duro y brillante, Freiherr se volvió caviloso y dijo con voz dura:

— Mi decisión es que...

Se interrumpió bruscamente. Vio que tenía aún la pistola en la mano y la guardó en la cartuchera. Sonrió y luego dijo:

—Mi opinión es, señores asambleístas...

TELEMACO

A Teresita y Roberto García

Sala espaciosa del palacio real de Itaca. Hacia el fondo, por un amplio ventanal se ve un paisaje con suaves colinas y más allá el Mediterráneo, azul, limpio, transparente.

A la derecha hay una gran puerta, pesada y tosca, que da al exterior. A la izquierda dos puertas menores que llevan a las habitaciones del interior.

Cuando el telón se levanta, la Nodriza acomoda un vaso del cual se desprende una débil columna de humo. El vaso está colocado en un trípode de bronce.

Suenan dos fuertes golpes en la puerta de entrada. Amanece.

NODRIZA: ¿Quién podrá ser a estas horas? Es muy temprano para que venga el Capitán de la Guardia...

(Los golpes se repiten)

¿Habrá alguna noticia?

(Se dirige a la puerta y la abre con dificultad. Entra un mendigo).

¿Qué deseas?

MENDIGO: Un poco de pan...

NODRIZA: Es muy temprano para mendigar...

MENDIGO: El hambre no tiene horario.

NODRIZA: Si eres pobre, tu primer deber es educar el estómago.

MENDIGO: No siempre lo he sido.

NODRIZA: Entonces tienes que hacerte a la idea de que ya no eres rico y aprender ciertas reglas.

MENDIGO: ¿Cuáles...?

NODRIZA: La primera, que no debes ser impertinente. Con impertinencia poco o nada conseguirás de lo que fueron tus iguales (*Sonríe, suspicaz. Lo mira de arriba a abajo*). No eres de esta ciudad, ¿verdad? No me acuerdo de tu cara (*a sí misma*). No. No lo eres. Si lo fueras sabrías la hora y el día que nuestra reina ha fijado para atender a los mendigos de la ciudad.

MENDIGO: He caminado mucho.

NODRIZA: ¿Vienes de lejos?

MENDIGO: De muy lejos.

NODRIZA: Veré si en la cocina ha quedado algún pedazo de pan. Pero te recomiendo una cosa...

MENDIGO: Dila...

NODRIZA: No cuentes, ni en la plaza ni en el mercado, que has recibido limosna en el palacio real en un día que no es el señalado.

MENDIGO: Prometido...

NODRIZA: Y otra cosa más...

MENDIGO: También te lo prometo...

NODRIZA: Que una vez que comas tu pan te marcharás del palacio.

(La Nodriza se va refunfuñando. El mendigo se pasea por la sala mirando las cosas detenidamente. Se dirige a la ventana del fondo y mira el mar como si recordara algo muy lejano. Se vuelve y sonríe con tristeza. La Nodriza regresa).

NODRIZA: Aquí tienes: toma este pan y también esta rebanada de queso...

MENDIGO: Sería muy temprano para pedirte un sorbo de vino. Creo que mi cuerpo debilitado lo necesita.

NODRIZA: Si sigues pidiendo te quedarás con el palacio. Conozco la técnica. El vino se ha acabado. Tomaron todas las ánforas anoche, en el festín.

MENDIGO: ¿En el festín?

NODRIZA: Sí, en el festín, en el que el joven Telémaco reunió a sus amigos los comerciantes.

MENDIGO: Pero, un poco de vino...

NODRIZA: Te dije que no hay...

MENDIGO: Cuando vivía el dueño de esta casa no faltaba el pan y el vino para los viajeros.

NODRIZA: ¿Lo conociste?

MENDIGO: Hace muchos años...

NODRIZA: (*Con pesadumbre*). En esta casa todo ha cambiado...

MENDIGO: Las personas, quizá... Pero las cosas están iguales.

NODRIZA: Hasta las cosas cambiarían si no fuese porque la Reina, mi señora, se opone.

MENDIGO: ¿Alguién quiere cambiarlas?

NODRIZA: El joven Telémaco. Parece que odiara las cosas viejas y más aun aquellas que le recuerdan a su padre.

MENDIGO: ¿Las cosas viejas...?

NODRIZA: Si por él fuese, arreglaría el palacio de otro modo: traería vasos nuevos, muebles nuevos, nuevas colgaduras... (*Sacude la cabeza*). Constantemente protesta porque dice que con todos estos trastos antiguos tiene la sensación de vivir en un sepulcro, en medio de fantasmas...

MENDIGO: ¿Y cuáles son esos fantasmas...?

NODRIZA: Yo creo que hay un solo fantasma que lo atormenta...

MENDIGO: No lo sé... No lo podría adivinar...

NODRIZA: Es cierto que no eres de aquí... El fantasma de su padre.

MENDIGO: ¿Pero alguien sabe si el divino Ulises ha muerto?

NODRIZA: Nadie sabe dar una razón clara.

MENDIGO: ¿Y alguien sabe si vive todavía?

NODRIZA: De vez en cuando, en los fogones de los pastores o en las posadas, los rapsodas cuentan las historias de sus aventuras. Aquí, en palacio, les ha sido prohibida la entrada.

MENDIGO: ¿Por la Reina...?

NODRIZA: ¡Oh, no! Por el príncipe Telémaco. El argumenta que las mentiras de los rapsodas aumentan la melancolía de su madre. Pero yo pienso que no es por eso.

MENDIGO: Tú piensas demasiado y un sirviente que piensa demasiado termina por hablar...

NODRIZA: Los criados sabemos las cosas de todas maneras...

MENDIGO: ¿Decías que el príncipe Telémaco...?

NODRIZA: A los rapsodas les tiene prohibida la entrada a palacio. Quizá porque teme que las historias que cuentan sobre el regreso del divino Ulises sean verdaderas.

MENDIGO: ¿Y que el divino Ulises esté vivo...?

NODRIZA: (*Arrepentida de lo que ha dicho*). Es hora de que te marches.

MENDIGO: Y de todo esto, ¿qué dice la Reina?

NODRIZA: ¿Respecto a los rapsodas? A veces los hace entrar a hurtadillas y escucha las historias. Cuando ellos terminan les retribuye generosamente y luego se encierra en su aposento (*Con temor, bruscamente*). Pronto... Ahora vete. Ya vendrán los servidores. La reina suele levantarse muy temprano...

MENDIGO: (*Intencionado*). Para mirar el mar...

NODRIZA: ¿Cómo lo sabes...?

MENDIGO: Se apoya en el balcón y ve pasar las nubes. Cuando están muy bajas, casi contra el horizonte, las confunde con una vela. Pero luego se da cuenta del error y suspira.

PENELOPE: *(Que ha estado escuchando la última parte del diálogo desde el marco de una de las puertas de la izquierda)*. Pero no se resigna...

NODRIZA: *(Aterrorizada)*. ¡Señora...!

(El Mendigo retrocede y busca un lugar en las sombras).

PENELOPE: *(Avanzando hacia el Mendigo)*. ¿Quién eres?

NODRIZA: *(Temerosa)*. Un mendigo...

PENELOPE: Se lo he preguntado a él.

MENDIGO: Te lo ha dicho: un mendigo.

PENELOPE: *(Lo mira detenidamente. Después de unos instantes y con desconfianza)*. Pero toda la vida no lo has sido...

MENDIGO: Nadie puede ser siempre el mismo. ¿Por qué lo sabes?

PENELOPE Hay algo en tu voz que te delata. Además esa voz me trae ecos de quien amé hace ya muchos años.

MENDIGO: ¿De quién amaste? ¿Acaso ya no lo amas?

PENELOPE: No sabría decírtelo. ¿Es que se puede amar a un sueño eternamente?

MENDIGO: ¿Y por qué no?

PENELOPE: Y bien: tu voz me recuerda a un sueño a quien amo todavía.

MENDIGO: Algo de eso escuché cantar en una taberna del puerto.

PENELOPE: ¿Y qué decían?

MENDIGO: Era una canción de rapsodas. Hablaban de la esperanza.

PENELOPE: ¿Y qué más?

MENDIGO: Decían que los ausentes viven sostenidos por

el hilo sutil de los que esperan su retorno. Cuando los que esperan olvidan, el hilo se corta y entonces el ausente ya no vuelve jamás.

PENELOPE: (*Ansiosa*). ¿Entonces, él volverá?

MENDIGO: Así dicen los rapsodas.

PENELOPE: (*Ahogada por la angustia*). ¡Pero, cuándo... cuándo... cuándo...!

MENDIGO: La espera ha sido larga...

PENELOPE: A veces me faltan las fuerzas.

MENDIGO: (*Sonriendo tristemente*). La vida del ausente depende de ti...

PENELOPE: He vivido sosteniendo esta carga de la esperanza cuyo peso aumenta con cada desilusión.

MENDIGO: Yo también lo sé. Todo el que vive lo sabe.

PENELOPE: Pero ya no puedo más.

MENDIGO: ¿Y él?

PENELOPE: A veces quiero pensar que ya no existe y que no vale la pena seguir esperando.

MENDIGO: ¿Y si yo te dijera que él vive?

PENELOPE: (*Ahogando un grito*). ¿Dónde...?

MENDIGO: En una isla...

PENELOPE: (*Apoyándose en una de las columnas para no caer*). ¿Y vendrá...?

MENDIGO: Se acaba de embarcar.

PENELOPE: ¿Cómo lo sabes? ¿Quién me dice que, como los rapsodas, me mientes a cambio de la comida o para sacarme unas monedas de oro?

MENDIGO: Puedo describirte cómo es la barca.

PENELOPE: También los rapsodas me han descripto muchas barcas. Estoy cansada de escuchar sus fabulosas aventuras. Estoy cansada de mirar el horizonte, de confundir cada nube

blanca con la vela de su barca y el grito de los vendedores con su grito...

MENDIGO: Y si yo te diera una prueba indudable de que todavía existe, ¿me creerías?

PENELOPE: Tendría que ser evidente...

MENDIGO: Bien: apróntate...

(Desde el interior se escuchan voces. Telémaco aparece conversando con su amigo Antinoo en el momento en que el Mendigo va a comenzar su relato. Este se vuelve y oculta su rostro. La nodriza aprovecha para salir por la puerta de la derecha. La Reina se adelanta).

ANTINOO: ¡Señora...!

TELEMACO: ¿Estaba usted aquí? Yo la hacía en la huerta, mirando el mar.

PENELOPE: ¿Y tú, hablabas de tus temas preferidos, de tus negocios, de tus intereses...?

TELEMACO: ¿Quién es ese desconocido?

PENELOPE: Un Mendigo. Ya se marcha. Tenía hambre. Se le dio un pedazo de pan.

TELEMACO: Seguramente es otro de los que se han enterado que hablándole de la vuelta de mi padre se le pueden sacar cosas.

MENDIGO: He pedido un poco de pan, simplemente.

TELEMACO: *(A Antinoo)*. Es imposible ya vivir en esta melancolía.

TELEMACO: *(A Penelope)*: No hacen sino aumentar su melancolía *(A Antinoo)*. Es imposible ya vivir en esta casa. Está llena de rapsodas el día entero, de mendigos, de hechiceros. Y todos vienen con el mismo argumento: saben noticias de mi padre; tienen conjuros secretos para provocar su vuelta. Unos lo han visto cerca de Corfú. Otros saben que está prisionero de los feacios. Otros que ha sido encantado por la ma-

ga Circe. Los más embusteros se atreven a hablar de un combate descomunal entre mi padre y uno de los cíclopes. Y todos se marchan con la bolsa llena. (*A Penélope*). Y usted, señora, se queda cada vez más triste, envejece y en cualquier momento habrá de enfermar de melancolía. (*Al Mendigo*). Acércate. ¿De qué le hablabas a mi madre?

MENDIGO: De la esperanza.

TELEMACO: ¿De la esperanza? ¿Cuál ha sido tu historia? Al menos espero que sea ingeniosa y que con el ingenio pagues tu hospedaje.

MENDIGO: He hablado de la esperanza. Pero a ti puedo contarte del divino Ulises.

TELEMACO: ¿Y qué me costará la historia?

MENDIGO: Será gratuita.

TELEMACO: ¿Gratuita? Algo debes traerte entre manos. Nadie da algo por nada.

MENDIGO: Yo. Siempre he dado sin pensar en recibir.

TELEMACO: Así es el estado en que te encuentras.

MENDIGO: Sin embargo no me quejo. He viajado, he visto mujeres hermosas, he tenido compañeros entrañables. ¿Sabes, comerciante, lo que es cantar una canción de guerra en torno al fuego, sabiendo que al alba habrás de avanzar codo con codo a enfrentar la muerte, al lado de un amigo?

TELEMACO: No soy soldado. Me repugna la fuerza y la sangre.

MENDIGO: ¿Sabes lo que es remar azotado por el sol, por el viento y la lluvia, muerto de hambre y de sed, teniendo como único alimento, única recompensa y único alivio la sonrisa de tu camarada?

TELEMACO: No soy marino. Jamás he pisado una barca.

MENDIGO: ¿Sabes lo que es compartir un antiguo recuerdo, a la vera de un camino como si fuese un pedazo de pan?

TELEMACO: Nunca he viajado. Me gusta mi tiempo. Adoro el porvenir. El porvenir no es de los guerreros.

MENDIGO: Por lo que veo, pienso que no deseas el regreso de tu padre.

PENELOPE: ¡No...!

TELEMACO: (*Después de un silencio*). Tú lo has dicho. Cuando él vivía, Itaca se preparaba continuamente para la guerra. Los jóvenes aprendíamos a lanzar la jabalina, a manejar el escudo, a saltar obstáculos, a soportar el frío y el calor. Pero las gentes eran pobres y la vida una tortura. Almacenaban el trigo y el aceite con que debían pagar el impuesto para el ejército de mi padre. Vivíamos en la angustia. Por eso he aprendido a querer el presente. Pero adoro el porvenir, porque me he criado en la angustia. Mi madre es un ejemplo de ello. No sabe sino asomarse a la ventana para buscar una señal en el horizonte. Vive rumiando sus recuerdos. Como todas las mujeres de Itaca vive en el pasado y pide una sola cosa al porvenir. Ambula como una sombra por las salas vacías y ofrenda a los dioses con un solo motivo. Estoy orgulloso de haber olvidado cómo se tensa un arco. (*Se dirige a la pared donde cuelga el viejo arco de Ulises y lo toma*). ¿Ves extranjero? Yo no puedo tensarlo y hace tiempo que he entrado en la edad viril. (*El mendigo se acerca a Telémaco con ademán resuelto. Algo debe brillar en su mirada que hace retroceder al joven. Toma el arco y lentamente va tensando la cuerda hasta hacerla calzar en la muesca del extremo*).

TELEMACO: ¡Usted! ¡Padre...!

PENELOPE: (*Cayendo a los pies del Mendigo*). ¡Ulises...! ¡Los dioses me han escuchado!

ANTINOO: ¡Majestad...!

ULISES: (*A Penélope*). Ya ves, he regresado. ¡Levántate! (*Toma a Penélope de los brazos y la ayuda a levantarse*).

TELEMACO: (*Con rencor y alejándose hacia un rincón sombrío*). Lo que dije, dicho está. No me retracto. Es la verdad. He aprendido a decir y a decirme la verdad. He aprendido a no escuchar las mentiras de los rapsodas y de los sacerdotes. No las necesito porque trato de no vivir en la angustia y el miedo. No necesito de sus cantos para exaltar la imaginación de los hombres pintándoles con vivos colores la alegría de la gloria como un antídoto del miedo. No temo el castigo ni la recompensa de los dioses. He aprendido a resistirlos.

ULISES: (*Acercándosele dulcemente*). Te comprendo, pero no te justifico. (*A Penélope*). Llamad a los viejos criados. Haced anunciar por los heraldos que Ulises ha regresado y que con él vuelven los viejos tiempos. Que suenen las trompetas por la ciudad entera y por los campos! (*Penélope sale*).

TELEMACO: (*Adelantándose en tono de desafío*). Y bien. Te doy un plazo de un año para que abduques. Está en juego tu viejo estilo y mi nuevo estilo. Jueces serán los pobladores de Itaca. Su disconformidad será la señal que tienes que abdicar en mi favor y marcharte de nuevo.

ULISES: Acepto tu reto. No creo que en mi ausencia el arte de gobernar haya cambiado. Ello significaría que los hombres han cambiado.

(*Tímidamente los servidores van entrando por las diferentes puertas. La mayoría son viejos pero los hay también jóvenes. Con ellos viene la Nodriza*).

ULISES: (*Adelantándose hacia la Nodriza*). Debo pedirte perdón por la broma y el engaño. No has cambiado nada. Apenas unos pocos años en tu haber. Te agradezco que hayas cuidado tanto de los míos durante mi ausencia. (*Volviéndose al caballero, un viejo casi achacoso*). Mi buen Ximias, ahora me imagino que me habrás de preparar un caballo tan bueno como el pobre Pharos.

CABALLERIZO: Sí, Majestad. Tengo una tropilla de yeguas jóvenes y varios padrillos de una excelente raza, una cruce de orientales con jónicos, bajos, fuertes, veloces. ¿Puedo pedirlos que me digáis qué fue de nuestro noble Pharos?

ULISES: Combatió en Ilión y frente a sus murallas quedó muerto. Hice que quemaran su cuerpo para que no fuera pasto de los buitres. Murió con el pecho atravesado por un venablo. Al caer arrastró a su compañero de tronco y el carro se tumbó. Cuando nos levantamos con Apolodoro, a pocos pasos de la fuerzas troyanas, agonizaba; tenía los ojos húmedos, lejanos. No pudo relinchar como quería.

CABALLERIZO: Su muerte fue mejor. ¿Lo imagináis, señor, de vuelta en Itaca, languideciendo entre las paredes de una caballeriza, envejeciendo junto a los más jóvenes, sin poder, en el prado, pastar la hierba fresca, seguido por una nube de moscones?

ULISES: (*Dirigiéndose al cocinero del palacio, un hombrecito gordo y de baja estatura*). A ti mi buen Euríloco siempre te he recordado.

COCINERO: Sí Majestad.

ULISES: Salvo entre los feacios, no he comido manjares como aquellos que prepara tu mano.

COCINERO: Podría apostar, Majestad, que los míos son mejores.

ULISES: Los probaré y haré de juez.

ULISES: (*A un hombre joven*). ¿Y tú? ¿Eres nuevo en el palacio?

JARDINERO: Sí, Majestad. Yo soy el jardinero.

ULISES: ¿Y Phantor?

JARDINERO: Ha muerto hace unos años. Soy un sobrino suyo que él hizo traer de Méritos cuando quedé huérfano.

ULISES: ¿Y aprendiste el arte de tu tío?

JARDINERO: Todo lo que pude y cada día me esmero más. Es la forma de honrarlo.

ULISES: Mañana, espero despertame con el suave perfume de las rosas con las que habrás llenado los búcaros de mi cámara. (*Cierra los ojos y aspira con fruición*). Sí... todo está igual... todo está igual... (*Bruscamente, a Telémaco*). ¿Has visto? Todo está igual. Volveré a comer mis platos favoritos. Tendré las flores que siempre me gustaban... ¡Nada ha cambiado...! (*gritando*). ¡Nada ha cambiado...!

TELEMACO: (*Adelantándose agresivo*). Sí. Algo ha cambiado.

ULISES: (*Sorprendido primero, luego con curiosidad*). ¿Si...? ¿y qué es lo que ha cambiado, hijo mío?

TELEMACO: (*Aferrando la empuñadura de la espada y gritando*) ¡Han cambiado los hombres! ¡Es decir, también yo he cambiado!

TELON

INDICE

	Pág.
Un Cuento para Mingo	9
Burlería Provinciana	29
Los Carboneros	41
Los Camioneros	49
La Sospecha	55
Las Gitanas	69
El Susto	73
La Escopeta	77
La Cigarra y la Hormiga	83
Jaque al Rey	89
Telémaco	95

JARDINERO: Todo lo que pude y cada día me esmero más. Es la forma de honrarlo.

ULISES: Mañana, espero despertame con el suave perfume de las rosas con las que habrás llenado los búcaros de mi cámara. (*Cierra los ojos y aspira con fruición*). Sí... todo está igual... todo está igual... (*Bruscamente, a Telémaco*). ¿Has visto? Todo está igual. Volveré a comer mis platos favoritos. Tendré las flores que siempre me gustaban... ¡Nada ha cambiado...! (*gritando*). ¡Nada ha cambiado...!

TELEMACO: (*Adelantándose agresivo*). Sí. Algo ha cambiado.

ULISES: (*Sorprendido primero, luego con curiosidad*). ¿Sí...? ¿y qué es lo que ha cambiado, hijo mío?

TELEMACO: (*Aferrando la empuñadura de la espada y gritando*) ¡Han cambiado los hombres! ¡Es decir, también yo he cambiado!

TELON

INDICE

	Pág.
Un Cuento para Mingo	9
Burlería Provinciana	29
Los Carboneros	41
Los Camioneros	49
La Sospecha	55
Las Gitanas	69
El Susto	73
La Escopeta	77
La Cigarra y la Hormiga	83
Jaque al Rey	89
Telémaco	95

"CUENTOS AMABLES, NOBLES Y MEMORABLES" POR JULIO ARDILES GRAY, TERCER NÚMERO DE LA COLECCIÓN "PROSISTAS DEL CARDÓN", SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN LA IMPRENTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE TUCUMÁN, REPÚBLICA ARGENTINA, EL 25 DE JUNIO DE 1964, PARA LAS EDICIONES DEL CARDON, SAN MARTÍN 465, TUCUMÁN, GUSTAVO BRAVO FIGUEROA CUIDÓ LA EDICIÓN, QUE LLEVA ILUSTRACIÓN Y CARÁTULA DE AURELIO SALAS.

EDICIONES DEL CARDON

Colección: POETAS DEL CARDÓN

RAÚL GALÁN: *Ahora o Nunca.*

DAVID LAGMANOVICH: *Circunstancias.*

Colección: PROSISTAS DEL CARDÓN

ALBA OMIL: *Historia de Mujeres y Hombres.*

RAMÓN ALBERTO PÉREZ: *Mientras Llega el Olvido.*

JULIO ARDILES GRAY: *Cuentos Amables, Nobles y Memorables.*

DIRIGEN:

GUSTAVO A. BRAVO FIGUEROA

MARIANO MORÍNIGO

VICENTE ATILIO BILLONE

San Martín 465 ::: San Miguel de Tucumán

